



EL IMPERIO LATINO

THE LATIN EMPIRE

ALEXANDRE KOJÈVE

INTRODUCCIÓN

El origen de la *Esquisse d'une doctrine de la politique française* (Esbozo de una doctrina de la política francesa), más conocido como *L'Empire latin* (El Imperio latino), de Alexandre Kojève sigue siendo en buena medida misterioso. Ello no resulta del todo sorprendente en un autor que, pese a su fecundidad, no siempre se mostró especialmente interesado en la fijación editorial de su propia obra. Buena parte de su legado nos ha llegado así de manera fragmentaria, lo que ha dado lugar a un prolongado trabajo de reconstrucción por parte de especialistas.

En el caso del *Esbozo*, sin embargo, estas dificultades se atenúan en parte. El texto fue redactado en francés y se conserva en versión mecanografiada, aunque siguen siendo inciertas las circunstancias concretas de su redacción y el destinatario al que pudiera haber estado dirigido. Cabe preguntarse, por ejemplo, si Kojève pensaba en Charles de Gaulle al escribirlo, del mismo modo que habría pensado en Stalin al redactar su manuscrito de 1941 *Sofía, filosofía y fenomenología*, solo muy recientemente traducido al francés del ruso. Es difícil saberlo. Lo cierto es que, en el propio escrito, de Gaulle aparece retratado como una figura todavía inmadura para encarnar una voluntad imperial capaz de permitir a Francia dejar atrás un marco estrictamente nacional que, tras la Segunda Guerra Mundial —si no antes—, habría pasado a convertirse, a ojos de su autor, en un lastre.

Kojève concluyó la redacción del *Esbozo* el 27 de agosto de 1945. La mecanografía conservada va acompañada de un pequeño dossier que permite situar el texto en su coyuntura inmediata. En él se incluyen varios recortes del diario *Le Monde*: el número del 7 de junio de 1945 ('Los datos de un acuerdo occidental') y el del 17 de julio de 1945 ('La Unión occidental vista desde Londres'), en los que se evocan distintos proyectos de agrupamiento europeo en torno a Gran Bretaña: con Francia, Holanda y Bélgica o con Francia, los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo. Un despacho procedente de Londres, fechado el 20 de julio, menciona asimismo un proyecto de "ciudadanía común escandinava". El dossier contiene además la copia de una nota redactada "dos meses antes de la Liberación" por el escritor y resistente Jean Cassou, nacido en Deusto (Bilbao), relativa a "un proyecto de unión latina", cuya proximidad temática con el texto resulta evidente, con independencia de que este lo retomara directamente o no.

La peripecia editorial del *Esbozo* no deja de ser singular. El texto se publicó por primera vez en Francia en 1992, en la revista *La Règle du jeu*, en una versión abreviada, con frases truncadas y secciones enteramente omitidas. La traducción que

aquí se presenta aspira a restituir el texto en su integridad original. Para ello se ha recurrido a la versión inglesa publicada en agosto de 2004 por la Hoover Institution, utilizada exclusivamente para recomponer las secciones y frases truncadas u omitidas en la edición francesa. Estas omisiones, lejos de ser anecdóticas, afectan a pasajes relevantes para la correcta comprensión del escrito, en particular a aquellos en los que se aborda la inserción internacional del proyecto de Imperio latino y sus condiciones económicas de viabilidad.

Aunque esta introducción se limita a ofrecer una breve noticia editorial del texto, conviene señalar, para terminar, que el *Esbozo* se inscribe tanto en los debates sobre el futuro de Europa abiertos en el contexto de Bretton Woods (1943) —reflejados en diversos memorándums redactados por miembros del *establishment* francés en el exilio— como en la evolución del propio pensamiento de Kojève, tal como puede rastrearse en escritos contemporáneos y en documentos posteriores, incluidos los memorándums que, ya como influyente funcionario, dirigió a los responsables de los departamentos correspondientes. En este sentido, el interés actual del texto reside no solo en su valor histórico, sino también en la sorprendente vigencia de los problemas que plantea: en sus páginas se perfila una Europa situada entre dos imperios —el anglosajón y el eslavo-soviético— y cuya supervivencia depende de su capacidad para constituir una voluntad general propia. Para el lector español, en particular, dicha lectura presenta además el interés añadido de que el caso de la España de Franco es abordado con un grado de detalle notable tanto en el cuerpo del escrito como en uno de sus apéndices conservados en la Biblioteca Nacional de Francia.

Luis J. Pedrazuela

Dos peligros acechan a Francia en el mundo de la posguerra. Uno de ellos es más o menos inmediato; el otro es mucho más lejano, pero también incomparablemente más grave.

El peligro inmediato es el peligro alemán, que no es militar sino económico y, por tanto, político. El potencial económico de Alemania (incluso amputada de sus provincias orientales) es tal que la inevitable incorporación al sistema europeo de este país, al que se tratará de volver “democrático” y “pacífico”, conducirá fatalmente a relegar a Francia a una potencia de segundo rango en el seno de Europa continental a menos que reaccione de forma a la vez enérgica y razonada.

El peligro más lejano es, en efecto, menos seguro. Pero, en cambio, puede ser calificado de mortal, en el sentido propio de la palabra. Se trata del peligro de que Francia sea arrastrada a una Tercera Guerra Mundial y sirva nuevamente de campo de batalla, aéreo o de otro tipo. Ahora bien, es evidente que, si se da el caso, Francia no se recuperará nunca de los daños que necesariamente sufrirá: en el plano demográfico, en primer lugar, pero también en el de la economía y en el de la propia civilización.

Así las cosas, la política francesa, tanto exterior como interior, se encuentra ante dos tareas de importancia primordial, que determinan en la práctica todas las demás:

—por un lado, asegurar en la mayor medida posible una neutralidad efectiva en el curso de una eventual guerra entre los rusos y los anglosajones;

—por otro, mantener al país, en tiempo de paz, dentro de una Europa continental no soviética.

Las siguientes páginas han sido escritas para determinar las condiciones necesarias y suficientes en las que este doble objetivo tiene serias oportunidades de ser alcanzado.

I

LA SITUACIÓN HISTÓRICA

1. No hay duda de que asistimos actualmente a un giro decisivo de la historia comparable al que tuvo lugar al final de la Edad Media. Los comienzos de la Edad Moderna se caracterizan por el proceso irresistible de eliminación progresiva de las formaciones políticas “feudales” que fragmentaban las unidades nacionales, a favor de las monarquías, es decir, de los Estados-nación. En la actualidad son esos Estados-nación los que irresistiblemente ceden poco a poco su lugar a formaciones políticas que desbordan los marcos nacionales y que podrían designarse con el término de “imperios”. Omnipotentes todavía en el siglo XX, los Estados-nación van dejando de ser realidades políticas —Estados en el sentido fuerte de la palabra— igual que dejaron de ser Estados las baronías, las villas y los arzobispados medievales. El Estado moderno, la realidad política del presente, exige bases más amplias que las representadas por las naciones propiamente dichas. Para ser políticamente viable, el Estado moderno debe basarse en una “vasta unión *imperial* de naciones emparentadas”.¹ El Estado moderno no es verdaderamente un Estado sino en la medida en que es un imperio.

El proceso histórico que reemplazó antaño las entidades feudales por los Estados nacionales, y que actualmente suprime las naciones en beneficio de los imperios, puede y debe ser explicado por causas económicas que se manifiestan políticamente a través de las exigencias de la técnica militar. Fue la aparición de las armas de fuego, y en particular de la artillería, lo que arruinó el poder político de las formaciones subnacionales de la Edad Media. El “príncipe” feudal —barón, obispo, ciudad, etc.— era capaz de armar con espadas y lanzas a sus ciudadanos-vasallos y se mantenía políticamente mientras ese armamento fuera suficiente para sostener una eventual guerra que tenía por objetivo su independencia política. Pero cuando fue necesario mantener una artillería para poder defenderse, las bases económicas y demográficas de las formaciones políticas feudales se revelaron insuficientes y por ello esas formaciones fueron progresivamente absorbidas por los Estados nacionales, que eran los únicos capaces de armarse adecuadamente. Igualmente, los Estados-nación eran, y siguen siendo, bases económicas y demográficas suficientes para mantener tropas cuyo armamento no consista más que en fusiles, ametralladoras y cañones. Pero tales tropas ya no son eficaces en la actualidad. No pueden hacer nada contra un ejército verdaderamente moderno, es decir, motorizado, blindado y que implique la aviación como arma esencial. Ahora bien, la economía y la demografía estrictamente nacionales son incapaces de poner en pie ejércitos de este tipo, que solo los imperios están en condiciones de mantener. Tarde o temprano, por lo tanto, los imperios absorberán políticamente a los Estados-nación.

Esta insuficiencia fundamental, demográfica y económica —y en consecuencia militar y, por ende, política— de los Estados nacionales queda demostrada de una forma particularmente impactante con el ejemplo del Tercer Reich. Durante toda la

¹ Nos hemos decidido por una traducción literal del francés *apparentées* como “parentesco” y no “afinidad” porque Kojève interpreta la “afinidad” entre las naciones que componen su Imperio latino en términos de parentesco en otras líneas del texto. (Nota del editor)

alta Edad Media, Alemania persiguió un proyecto imperial a la vez anacrónico y prematuro, por tanto, utópico, es decir, sin base real en el presente y, en consecuencia, irrealizable. La prosecución y el inevitable fracaso de ese proyecto tuvieron como consecuencia que Alemania entrara en el periodo propiamente feudal y saliera de él con un retraso de 150 años, retraso que nunca ha logrado compensar desde entonces (por no haber podido o querido saltarse etapas mediante un acto revolucionario). Así fue como con un siglo y medio de retraso Hitler empezó su acción política. Y fue de esta manera como imaginó y creó su Tercer Reich como un Estado estrictamente conforme al ideal “nacional”, ideal nacido a finales de la Edad Media y que ya había alcanzado su forma perfecta en la ideología y en la realización revolucionarias, firmadas con los nombres de Robespierre y Napoleón. Es bien evidente que el lema hitleriano *Ein Reich, ein Volk, ein Führer* no es más que una —mala— traducción al alemán del lema de la Revolución francesa: “La República una e indivisible”. Podría decirse que “el *Führer*” no es sino un Robespierre alemán, es decir, anacrónico, que —habiendo sabido dominar su Termodor— pudo emprender él mismo la acción realizadora napoleónica. Por lo demás, Hitler expresó muy bien el fondo y el móvil de su pensamiento político poniéndose al frente de un movimiento político que se llama “nacional-socialismo”, que se oponía conscientemente tanto al “imperial-socialismo” soviético como al “capitalismo imperial” anglosajón. En términos generales, el Tercer Reich era, sin duda alguna, un Estado nacional en el sentido propio y preciso del término. Se trata de un Estado que, por un lado, tenía como objetivo realizar todas las posibilidades políticas nacionales y que, por otro, no quería utilizar más que el poder de la nación alemana, imponiéndose conscientemente, en cuanto Estado, los límites (étnicos) de esta última. Pues bien, ese Estado-nación “ideal” perdió su guerra política decisiva.

Para explicar el fracaso militar total —y, por tanto, político— de este Estado-nación no puede invocarse la dimensión restringida de su base nacional, como uno se siente tentado de hacer cuando se quiere explicar el aplastamiento fulminante de los Estados nacionales polaco, noruego, holandés, belga, yugoslavo y griego. Tampoco se puede hablar de incapacidad militar, como a veces se hace para “explicar” la suerte de la Italia fascista (eminentemente “nacional” ella también). Por último, tampoco puede tratarse de las “causas” que se invocan a menudo cuando se habla del hundimiento de Francia: desorden, imprevisión, malestar político interior, etc. El Estado nacional alemán disponía de ochenta millones de nacionales cuyas cualidades militares y cívicas (si no morales) demostraron estar por encima de todo elogio. Sin embargo, el esfuerzo político y militar sobrehumano de la nación no condujo a nada más que a retrasar un desenlace que verdaderamente puede calificarse de “fatal”.

Es precisamente el carácter eminente y conscientemente nacional del Estado alemán lo que constituye la causa de esa “fatalidad”. Para poder sostener una guerra moderna, el Tercer Reich tuvo que ocupar y explotar países no alemanes e importar más de diez millones de trabajadores extranjeros. Pero un Estado-nación no puede asimilar a los no nacionales y debe tratarlos políticamente como esclavos. De esta forma, la ideología “nacionalista” de Hitler habría bastado por sí sola para hacer fracasar el proyecto imperial de la “Nueva Europa”, sin la cual, sin embargo, Alemania no podía ganar la guerra. Puede decirse, por consiguiente, que Alemania perdió la guerra porque la quiso ganar como Estado-nación. Incluso una nación de ochenta millones de ciudadanos políticamente “perfectos” es incapaz de sostener el esfuerzo de una guerra moderna y, por tanto, de asegurar la existencia política de su Estado.

El ejemplo alemán prueba claramente que en nuestros días una nación, cualquiera que sea, que se obstina en mantener su exclusividad política nacional, debe tarde o temprano dejar de existir políticamente: ya sea en el curso de un proceso

pacífico, ya sea como consecuencia de un aplastamiento militar. Al disipar las ilusiones de la guerra de 1914-1918 la guerra actual, conducida por imperios, marcó el último acto de la gran tragedia que desde hace cinco siglos habían representado los Estados nacionales.

2. La irrealidad política de las naciones, que aparece de hecho, aunque de una forma poco marcada, desde finales del siglo pasado, ha sido reconocida más o menos claramente desde esa misma época. Por un lado, el liberalismo “burgués” proclamaba más o menos abiertamente el final del Estado en cuanto tal, es decir, de la existencia propiamente política de las naciones. Al no concebir el Estado fuera del marco nacional y al constatar al mismo tiempo, más o menos conscientemente, que el Estado-nación ya no era políticamente viable, el liberalismo propuso suprimirlo voluntariamente. La entidad esencialmente política —es decir, en última instancia guerrera— que es el Estado propiamente dicho debía ser reemplazada por una simple administración económica y social, incluso policial, puesta al servicio y a disposición de la “sociedad”,² que, por lo demás, se concebía como un agregado de individuos, siendo el individuo considerado, en su mismo aislamiento, como la encarnación y revelación del valor humano supremo. Así concebida, la administración “estatal” liberal debía ser fundamentalmente pacífica y pacifista. Dicho de otra forma, no poseía propiamente hablando una “voluntad de poder” y, por consiguiente, ni necesidad operativa ni deseo eficaz de esa “independencia” o autonomía política que caracteriza la esencia misma del Estado verdadero. Por otra parte, el socialismo “internacionalista” creyó poder constatar que la realidad política estaba pasando de las naciones a la humanidad en cuanto tal. Si el Estado aún debía tener un sentido y una razón de ser políticos, solo podía tenerlos a condición de darse como base “el género humano”. Puesto que la realidad política deserta de las naciones y pasa a la Humanidad misma, el único Estado (provisionalmente nacional) que se revela a la larga como políticamente viable será aquel cuyo objetivo supremo y primordial sea englobar la humanidad entera. De esta interpretación “internacionalista”, o incluso “socialista”, de la situación histórica nació el comunismo ruso de la primera época, que asoció en consecuencia al Estado soviético la tercera Internacional.

Ahora bien, en realidad la interpretación internacionalista-socialista es tan errónea como la interpretación pacifista-liberal. El liberalismo yerra al no percibir ninguna entidad política más allá de las naciones. Pero el internacionalismo peca por no ver nada políticamente viable por debajo de la Humanidad. Tampoco él ha sabido descubrir la realidad política intermedia de los imperios —es decir, de las uniones e incluso de las fusiones internacionales de naciones emparentadas—, que es precisamente la realidad política de hoy. Si la nación deja efectivamente de ser una realidad política, la humanidad sigue siendo —políticamente— una abstracción. Por eso el internacionalismo es actualmente una “utopía”. En estos momentos, aprende a sus expensas que no se puede saltar de la nación a la humanidad sin pasar por el imperio, del mismo modo que en la Edad Media Alemania tuvo que darse cuenta, a su pesar, de que no podía llegar al imperio sin recorrer antes las etapas feudal y nacional. Antes de encarnarse en la Humanidad el *Weltgeist* hegeliano —que ha abandonado a las naciones— reside en los imperios.

² Resulta interesante contrastar las consideraciones de Kojève sobre la superación e irrealidad del Estado-nación y su definitivo fracaso en el proyecto imperial hitleriano con las que comparte en una carta dirigida a Carl Schmitt el 16 de mayo de 1955. Según Kojève, el propio proyecto napoleónico supuso a un tiempo la culminación de dicho Estado y su superación, en este caso, no tanto por un sistema de imperios, cuanto por “la sociedad” y su administración apolítica, cara a los anglosajones, pero también a Marx. (N. del E.)

El genio político de Stalin consiste precisamente en haber comprendido esto. La orientación política hacia la humanidad caracteriza la utopía “trotskista”, cuyo representante más destacado, pero no el único en absoluto, fue el propio Trotski. Al combatir a Trotski y al abatir —en Rusia— el “trotskismo”, Stalin se alineó con la realidad política del momento creando la URSS como imperio eslavo-soviético. Su consigna anti-trotskista “Socialismo en un solo país” engendró este “sovietismo” o, si se prefiere, este “imperial-socialismo”, que se realiza a través del Estado imperial soviético actual y que no tiene nada que ver con el internacionalismo “clásico”, “segundo”, “tercero” u otro. Este “imperial-socialismo”, que se revela políticamente viable, se opone tanto a la utopía “trotskista” del socialismo internacionalista “humanitario” como al anacronismo hitleriano del “nacional-socialismo”, fundado en la realidad políticamente desfasada de la nación.

También mediante la comprensión de la realidad imperial se manifiesta el genio político de los dirigentes del Estado inglés, especialmente el de Churchill. Este Estado poseía ya antes de la guerra una estructura imperial, es decir, transnacional e internacional, en su aspecto de la *British Commonwealth*, de la unión de dominios. Pero incluso este “Imperio”, aún demasiado “nacional”, se ha revelado insuficiente para afirmarse políticamente en las condiciones creadas por la guerra actual.

Es el imperio anglosajón —es decir, el bloque político económico angloamericano— el que hoy constituye la realidad política eficaz y efectiva. El genio político de Inglaterra se manifiesta en el hecho de haberlo comprendido, de haber extraído y asumido las consecuencias de ello. Por tanto, en lugar de contar (al igual que Alemania) con las “disputas” imaginarias y espectaculares del bloque angloamericano, que, de existir, no pueden ser más que transitorias, habría que pensar y actuar políticamente teniendo en cuenta la existencia en el mundo moderno de un bloque anglosajón, sólida e íntimamente unido, tanto en lo económico como en lo político.

3. En vano se pretenderá mantener a la larga la realidad política de una nación cualquiera en un mundo donde ya subsisten imperios: el imperio anglosajón, o incluso angloamericano, y el imperio eslavo-soviético. Ni siquiera la nación alemana, con mucho la más poderosa de las naciones propiamente dichas, puede ya librar una guerra victoriosa en ese mundo quedando por ello incapaz de afirmarse políticamente como Estado. Cabe suponer que ni siquiera este pueblo esencialmente “utópico” y caracterizado por una notable ausencia de sentido de las realidades políticas emprenderá jamás una guerra simultánea contra los dos imperios en cuestión. Dicho de otro modo, la Alemania de mañana deberá adherirse políticamente a uno u otro de estos imperios.

Es previsible, además, que Alemania se inclinará hacia el bando anglosajón. Apenas se corre riesgo de equivocarse al suponer que el bloque anglosajón se convertirá pronto en un imperio germano-anglosajón. Porque en diez o quince años, la potencia económica y militar —es decir, política— de la URSS exigirá y provocará un contrapeso en Europa. La experiencia de 1940 prueba que no será desde luego Francia la que lo proporcione. Únicamente Alemania, sostenida por el mundo anglosajón, podrá asumir ese papel, por lo que no hay duda de que la próxima generación asistirá al espectáculo de una Alemania rearmada.

Ciertamente, la adhesión de Alemania al imperio eslavo-soviético no es del todo imposible, pero resulta altamente improbable, cuando no prácticamente excluida. Primero, porque una hostilidad profunda, secular y desdeñosa separa a los germanos de los eslavos, mientras que un “parentesco” nacional entre alemanes y anglosajones, sumado a una simpatía genuina —si bien no siempre correspondida— por Inglaterra,

orienta a Alemania hacia el bando anglosajón. Segundo, porque la inspiración protestante del Estado prusiano-alemán lo aproxima a los Estados anglosajones modernos —nacidos igualmente de la Reforma— y lo aleja de los Estados eslavos de tradición ortodoxa. Además, los signos manifiestos del poderío y opulencia anglosajones reflejados, entre otros, en el trato dispensado a los prisioneros y en el comportamiento de las tropas de ocupación, impresiona tanto más a los alemanes cuanto que siempre han sentido una admiración sin límites por sus primos del otro lado del Canal. En cambio, los espectáculos de desolación observados en la URSS parecen haber generado una impresión “antisoviética” incluso entre las masas obreras y los medios procomunistas. Todo hace suponer, por lo tanto, que los hombres que estarán un día al frente de Alemania optarán sin reservas por los anglosajones si han de elegir entre estos y los rusos. Así es, por lo demás, como parece que se percibe la situación desde Londres. Incluso en Moscú parece descartarse la posibilidad de una absorción política de Alemania. De lo contrario, no se explicaría ni la supresión de la III Internacional ni los aspectos eslavo-ortodoxos de la política soviética.

Pero en lo que atañe al destino político de Francia considerada aisladamente, la alternativa que se presenta a Alemania no tiene, pese a las apariencias, más que un interés meramente teórico. Si Alemania tuviera que ser “sovietizada”, Francia correría tarde o temprano la misma suerte. En el otro escenario, Francia quedaría relegada al papel secundario de *hinterland* militar y económico —y, por ende, político— de Alemania, convertida en avanzadilla militar del imperio anglosajón. En ambos casos, la situación de Francia resulta políticamente insostenible. Lo que quizá es menos evidente, pero igualmente innegable, es que esta situación sigue siendo insostenible incluso haciendo abstracción de Alemania y suponiendo que —por imposible que sea— permanezca para siempre política y económicamente impotente, es decir, desarmada. El mero hecho de la existencia de los imperios anglosajón y eslavo-soviético vuelve ilusoria la autonomía política de la nación francesa, que apenas cuenta con cuarenta millones de habitantes. Es demasiado débil para poner en práctica una “política de equilibrio”, jugando con las “discrepancias” ruso-anglosajonas. Además, su tradicional buen sentido político jamás le permitiría asumir por su cuenta el absurdo juego político de la Polonia del coronel Beck.³ Una Francia aislada tendrá que elegir entre dos imperios enfrentados. Ahora bien, la situación geográfica, las tradiciones económicas y políticas, así como el “clima” psicológico, determinan de una forma unívoca la opción anglosajona. El porvenir de una Francia aislada no es otro que un “estatuto de dominio” más o menos disfrazado. Esta será también la suerte de las otras naciones de Europa occidental, si persisten en su aislamiento político “nacional”.

Desde un punto de vista social, económico y psicológico, esta solución puede parecer aceptable. En efecto, solo resulta inadmisibile desde el punto de vista específicamente político, puesto que significa la desaparición total y definitiva de la nación en tanto Estado verdaderamente digno de este nombre. Es más, la experiencia histórica ha demostrado que una vez privada de sus cuadros políticos, la civilización misma sufre transformaciones profundas, se esteriliza y descompone poco a poco y pierde con bastante rapidez el peso específico que tenía en el mundo mientras era la civilización de un Estado. Por lo tanto, todo aquel que desee salvaguardar la existencia y el prestigio que irradia la civilización tradicional latino-católica, que es también la de

³ Joseph Beck (1894-1944), ministro de Asuntos Exteriores de Polonia a partir de 1932. Beck intentó promover los intereses polacos haciendo jugar a las potencias europeas unas contra otras, mientras mantenía una apariencia de neutralidad. Aunque hasta comienzos de 1939 se apoyó en una alianza con Alemania y en la pasividad de los Aliados para impulsar los intereses de Polonia en Europa Central, fue inclinándose cada vez más hacia Gran Bretaña y Francia a medida que las relaciones polaco-alemanas se deterioraban en torno a la cuestión del estatuto de Danzig. (N. del E.)

Francia (y a la que Francia ha contribuido mucho más que todas las demás naciones tomadas en conjunto), debe querer dotarla de una base política suficiente en las condiciones históricas dadas. Quien así lo haga servirá no solo a los intereses culturales de su país, sino también a los de la humanidad entera. Pues ni los anglosajones ni los germanos ni los eslavos poseen ni poseerán jamás lo que los latinos —con los franceses a la cabeza— han ofrecido, y siguen ofreciendo, al mundo civilizado.

Ahora bien, si lo que se desea es preservar los valores latinos y católicos, que son también los valores eminentemente franceses, y garantizarles una proyección mundial o, dicho de otro modo, si no se desea que el mundo político quede repartido entre las fuerzas mutuamente hostiles y antagonistas de los imperios eslavo-soviético y anglosajón, si se quiere completar estas dos potencias —y civilizaciones— con una tercera, amortiguadora, pacífica, sintética, no será una Nación —ni en particular Francia— la que deba coordinarse con ellas. Junto al imperio eslavo-soviético de tradición ortodoxa y al imperio anglosajón —quizá ya germano-anglosajón— de inspiración protestante, hay que crear un Imperio latino. Solo un imperio de este tipo estará a la altura política de los dos ya existentes, porque solo él podría sostener eventualmente una guerra donde esté en juego su independencia. Solo poniéndose al frente de un imperio semejante podrá Francia conservar su especificidad política y, por ende, también cultural.

Esta posibilidad de hacer la guerra no significa en absoluto, por lo demás, la necesidad de hacerla efectiva. Al contrario, solo englobándose en el Imperio latino que deberá hacer nacer, Francia asegurará la paz para sí misma y para toda Europa. Este imperio nunca será lo suficientemente fuerte como para atacar a los imperios que le serán coordinados, de modo que sus líderes no tendrán la tentación —demasiado frecuente— de transformar en “imperialismo” su política imperial. Pero será lo suficientemente poderoso como para disuadir a cualquiera de atacarlo, a condición, por supuesto, de no enemistarse simultáneamente con sus dos posibles adversarios imperiales. Si esos dos imperios llegaran algún día a combatir en una guerra abierta, la mera existencia de un Imperio latino les obligaría a confinar sus campos de batalla a Asia y al Pacífico, dejando a salvo a Europa, que es decididamente demasiado pequeña y demasiado preciosamente “vieja” para someterse a la prueba de los artefactos destructores de mañana.

II

LA SITUACIÓN DE FRANCIA

El análisis objetivo de la situación histórica muestra claramente que, si Francia se queda políticamente aislada, si se obstina en querer vivir como nación exclusiva, tarde o temprano tendrá que dejar de existir como Estado propiamente dicho, como realidad política autónoma. Acabará fatalmente por ser absorbida políticamente por el Imperio anglosajón, que probablemente se transformará en un Imperio germano-anglosajón. Ahora bien, dadas las diferencias de “raza”, de cultura, de lengua y de religión, de tradiciones y de “estilos de vida”, no cabe una fusión genuina entre este imperio y Francia, que seguirá siendo un elemento más o menos extraño y, en consecuencia, solo podrá desempeñar un papel excéntrico, y, por tanto, desdibujado: el papel de un satélite, de un “segundo” que, en política, no es ni siempre ni necesariamente “brillante”. En una palabra, en esta hipótesis, Francia deja de ser un fin en sí misma y se rebaja al nivel de un simple medio político.

Pero no es solo el peso específico político de Francia el que se volverá insignificante si se deja absorber por el imperio anglosajón. Su economía tampoco

desempeñará más que un papel decididamente secundario. En consecuencia, el funcionamiento económico de Francia y, por ende, su misma estructura social deberán transformarse gradualmente para conformarse y adaptarse a modelos y exigencias que, viniendo de fuera, estarán a menudo en flagrante contradicción con tradiciones y aspiraciones cuyo fondo católico y latino no las hace menos auténticamente francesas. Por último, sin el sostén de una actividad económica independiente ni de una realidad política autónoma, la civilización francesa misma no tendrá un peso significativo dentro del mundo anglosajón y, por consiguiente, en el mundo en general. Lejos de proyectarse al exterior, Francia sufrirá en su interior la influencia de la civilización anglosajona, esencialmente protestante en su forma moderna y “germánica” en el fondo, sostenida por el prestigio aplastante de la fuerza política y la potencia económica del bloque angloamericano. Los primeros vestigios de esta influencia pueden quizá percibirse en el aspecto físico y moral de la juventud francesa alimentada por películas y novelas venidas del otro lado del Canal y de más allá del Atlántico. Cabe suponer, por tanto, que al renunciar a su existencia política autónoma —es decir, a su Estado—, Francia perderá no solamente “la cara” sino también su propio rostro.

Los signos premonitorios de este estado de cosas ya se hacen sentir. Así, la actitud de ciertos países extranjeros y las reacciones de una parte de los huéspedes —militares y civiles— de Francia ofrecen quizá un anticipo, si no del desprecio, al menos de la indiferencia que el mundo de mañana mostrará hacia este país y su civilización. Pero lo infinitamente más grave es que las consecuencias desastrosas de la despolitización ya se hacen visibles dentro mismo de la nación francesa. No hay duda de que su decadencia, que nadie niega y sobre la que es inútil, además de penoso, insistir, corre parejas con el empequeñecimiento político del país, que, a su vez, se manifiesta o se explica por la pérdida de una voluntad política verdadera, lúcida y operativa. En efecto, resulta bastante difícil negar —o incluso no percibir— que la Francia de anteaer, de ayer e incluso la de hoy carece o ha perdido una idea política clara y consciente. El francés moderno vive como “burgués” y no como “ciudadano” no solo de hecho, sino también en su propia conciencia. Actúa y piensa como “individualista” en el sentido de que los intereses “privados”, “particulares”, son para él los valores supremos o únicos. Es “liberal” o “libertario” y “pacifista” sobre todo porque ya no quiere experimentar el peso y las exigencias de la realidad “universal” del Estado y los medios que emplea para afirmarse y mantenerse en la existencia.

Ahora bien, resulta evidente que esta despolitización de Francia y de los franceses se manifiesta no solo en una decadencia política propiamente dicha —tanto exterior como interior— sino también en un empequeñecimiento general, tanto económico y social como cultural y moral. Puede observarse ya que, al dejar de ser un Estado grande y fuerte, animado de una voluntad política eficaz, concreta, positiva y precisa, Francia deja de ser el país de vanguardia que hasta ahora siempre había sido y se convierte en un país atrasado en prácticamente todos los ámbitos.

3. A menudo se ha planteado la cuestión acerca de la fuerza de esta decadencia francesa, que tanto contrasta con el pasado brillante y glorioso del país. Las explicaciones basadas en la “degeneración”, “corrupción”, “fatiga”, etc., son demasiado vagas y generales para significar realmente algo. Parece posible, sin embargo, dar una razón más concreta y, por consiguiente, más convincente.

Por un lado, en el terreno de la ideología política, el país sigue viviendo sobre la base de ideas que fueron definitivamente elaboradas en el curso de la Revolución. El ideal político “oficial” de Francia y de los franceses sigue siendo el del Estado-nación, de la “República una e indivisible”.

Por otro, en lo más profundo de su alma, el país se da cuenta de la insuficiencia de este ideal, del anacronismo político de la idea estrictamente “nacional”. Es cierto que este sentimiento no ha alcanzado todavía el nivel de una idea clara y distinta: el país no puede ni quiere aún formularlo abiertamente. Por lo demás, precisamente por el brillo sin igual de su pasado nacional, resulta particularmente difícil para Francia reconocer clara y aceptar francamente el final del periodo “nacional” de la historia y extraer todas las consecuencias. Para un país que creó de cabo a rabo la armazón ideológica del nacionalismo y la exportó al mundo entero, es duro reconocer que ahora no se trata más que de archivarla como una pieza histórica y de adherirse a una nueva ideología “imperial”, apenas esbozada, y que precisamente habría que elucidar y formular para elevarla al nivel de coherencia y claridad lógicas de la ideología “nacional”. Sin embargo, la nueva verdad política penetra poco a poco en la conciencia colectiva francesa. Se manifiesta primero negativamente, por el hecho de que la voluntad general ya no se deja galvanizar por el ideal de nación. Las invocaciones al poder de la República una e indivisible suenan huecas y falsas y el llamamiento a la grandeza de Francia ya no despierta el eco que aún suscitaba en la guerra de 1914-1918.

Puede incluso decirse que, para el “francés medio”, la guerra actual no implicaba desde el comienzo más que dos posibilidades políticas: la subordinación político-económica de Francia ya fuera a Alemania o a Inglaterra. En efecto, al menos por momentos esta guerra no ha apasionado a los franceses más que en la medida en que se trataba de un conflicto entre estas dos tendencias “colaboracionistas” en el que cristalizaba la oposición tradicional, irreductible y desastrosa, entre derecha e izquierda. Puede que sea precisamente por esto por lo que el soldado francés no dio todo de sí en 1940⁴ y que, tras la liberación, el movimiento de la Resistencia no recuerde más que de lejos la leva en masa de antaño. Si el francés medio se niega visiblemente a morir —incluso a disciplinarse o a “restringirse”— para que Francia viva, puede que sea simplemente porque se da cuenta, más o menos conscientemente, de que “la Francia” de la tradición nacional y nacionalista es un ideal que, políticamente, ya no es viable en el momento presente. Ningún hombre razonable querrá sacrificar sus valores particulares por un objetivo “universal” que no es más que una idea abstracta, es decir, un espejismo del pasado o un presente sin futuro, en suma, un sueño nostálgico o una aventura irresponsable.

Así interpretados, el colapso militar y moral de la Francia de 1940, así como el malestar político que perdura hasta hoy, aparecen como garantías de la reconstrucción y el renacimiento del país.

Podría decirse que un país como Alemania, capaz de perseguir una ilusión hasta el límite extremo de sus fuerzas, de entusiasmarse por un sueño romántico y novelesco, de sacrificar valores reales a un ideal desfasado e inviable, carece políticamente de esperanza. Sin embargo, la “objección de conciencia” de los franceses en esta guerra demuestra que la voluntad general no puede formarse en Francia más que en torno a una idea verdadera y realmente eficaz, que la conciencia política implica allí un sentido agudo de la realidad y que, en general, se fundamenta en un sólido sentido común.

⁴ Si, como vemos, en su *Esbozo* Kojève propone una interpretación de la derrota francesa de 1940 ante la Alemania nazi como una lúcida objeción de conciencia a la guerra por parte del hombre medio francés sin fe ya en una nación vuelta irreal, en la carta a Schmitt antes mencionada Kojève se apoya en el artículo de 1939 ‘¿Hace falta morir por Danzig?’, escrito por el político francés, socialista primero y colaboracionista no precisamente tibio después, Marcel Dèat, para ilustrar el curso hacia el olvido en el que las ideas de “guerra”, “política” y “Estado” se encontraban ya inmersas. (N. del E.)

Ahora bien, nada prueba que un país que rehúye el sueño rechazará la realidad, que hombres que no quieren sacrificarse a una ilusión políticamente anacrónica vayan a subordinarse enteramente a una idea política eficaz en el presente concreto, logrando con ello un restablecimiento total de la vida colectiva. En cualquier caso, se trata de una experiencia que aún no se ha intentado en la Francia contemporánea. Es, pues, una experiencia por hacer.

Para intentar esta experiencia sería necesario proclamar clara y francamente, aligerándose del peso —que se ha vuelto apabullante— del pasado glorioso y secular de la nación, que el periodo “nacional” de la historia ha concluido, que Francia ha muerto políticamente de una vez por todas como Estado-nación. Pero habría que añadir, al decirlo, que este final es al mismo tiempo un comienzo, que aquí la muerte es también un renacimiento. Porque la nación puede y debe superarse en y por una unión internacional de naciones emparentadas, en la que debe y puede afirmar su especificidad cultural, social y política imponiéndola mediante una emulación pacífica, fraternal, igualitaria y libre, al conjunto más amplio que contribuye a crear aboliéndose ella misma como nación exclusiva y aislada.

Si la nación no muere más que para engendrar el imperio, si la abdicación nacional no es sino el preludio del acceso al trono imperial, la proclamación al pueblo del fin de la República encerrada en sí misma, y limitada por fronteras que se han vuelto demasiado estrechas, no será en modo alguno deprimente. Al contrario, esta proclamación podría tener un efecto político estimulante.

En la realidad concreta de la situación histórica actual, solo parece posible presentar a Francia una idea política verdaderamente viable y que, por consiguiente, tenga posibilidades de ser aceptada por la conciencia colectiva y engendrar y determinar una voluntad general. Se trata de la idea-ideal del Imperio latino, en la que el pueblo francés tendrá como objetivo y deber el mantenimiento de su rango de *primus inter pares*.

III

LA IDEA DE IMPERIO LATINO

1. La era en la que la humanidad tomada en su conjunto será una realidad política se sitúa todavía en un futuro lejano. El periodo de las realidades políticas nacionales ha terminado. La época actual es la de los imperios, es decir, la de unidades políticas transnacionales, pero formadas por naciones emparentadas.

Este “parentesco” entre naciones, que se ha convertido actualmente en un factor político primordial, es un hecho concreto e innegable que no tiene nada que ver con ideas “raciales” generalmente vagas e inciertas. El “parentesco” de las naciones es sobre todo y ante todo un parentesco de lengua, de civilización, de “mentalidad” general o, como suele también decirse, “de clima”. Esta afinidad espiritual se traduce también, entre otras cosas, en una identidad de religión.

Un parentesco así concebido existe sin duda alguna entre las naciones latinas, francesa, italiana y española, ante todo. En primer lugar, estas naciones son eminentemente católicas, aunque sean “anticlericales”. En cuanto a Francia, por ejemplo, al observador extranjero le choca ver hasta qué punto los “librepensadores” e incluso los protestantes e israelitas están penetrados de la mentalidad católica más o menos laicizada, al menos en la medida en que piensan, actúan o reaccionan como franceses. Además, el estrecho parentesco entre sus lenguas hace particularmente fácil el contacto entre los países latinos. En particular para Francia, Italia y España bastaría con que en cada país se hiciera obligatorio el estudio avanzado (por lo demás, muy

fácil) de una de las otras dos lenguas latinas para suprimir todos los inconvenientes que provoca la diversidad lingüística.

Asimismo, las civilizaciones latinas mismas son parientes próximos. Aunque ciertos retrasos en su evolución podrían llevar actualmente a creer en divergencias profundas (en especial del lado español), la interpenetración que se tenía en origen (así como en la época del Renacimiento, que es probablemente el periodo histórico latino por excelencia) garantiza la posibilidad de alcanzar en breve plazo una armonización perfecta de los diversos aspectos de la civilización del mundo latino. En general, las diferencias de los caracteres nacionales no pueden ocultar la unidad fundamental de la “mentalidad” latina, que sorprende tanto a los extranjeros como a menudo es desconocida por los propios latinos. Es verdad que esta mentalidad es difícil de definir, pero se ve inmediatamente que es única en su género por su unidad profunda. Parece que esta mentalidad se caracteriza, en lo que tiene de específico, por ese arte del ocio que es la fuente del arte en general, por la aptitud para crear ese “dulzura de vivir” que no tiene nada que ver con el confort material, por ese *dolce far niente* mismo que solo degenera en simple pereza cuando no viene tras un trabajo productivo y fecundo (que el Imperio latino hará nacer, por lo demás, por el mero hecho de su existencia).

Esta mentalidad común, que implica un sentido profundo de la belleza, asociada generalmente (y muy específicamente en Francia) a un sentimiento muy marcado de la justa medida, y que permite así transformar el simple bienestar “burgués” en “dulzura aristocrática de vivir” y elevar a menudo hasta el “goce” los placeres que en otro ambiente serían (y lo son en la mayor parte de los casos) placeres “vulgares”, esta mentalidad no solo asegura a los latinos la posibilidad de su unión real, es decir, política y económica. Justifica también, en cierto modo, esa unión a ojos del mundo y de la historia. Del mundo, porque si las otras dos uniones imperiales serán probablemente siempre superiores a la unión latina en el ámbito del trabajo económico y de las luchas políticas, puede suponerse que no sabrán nunca dar por sí mismas a su reposo la perfección a la que el Occidente latino unificado podría llegar en condiciones favorables. De la historia porque, suponiendo que los conflictos nacionales y sociales serán definitivamente eliminados un día (quizá menos lejano de lo que se piensa), habrá que admitir que será precisamente a la organización y a la “humanización” de sus ocios a lo que la humanidad futura deberá consagrar sus esfuerzos (¿No dijo el propio Marx, repitiendo sin darse cuenta unas palabras de Aristóteles, que el móvil último del progreso y, por tanto, del socialismo, es el deseo de garantizar al hombre un máximo de ocio?)

El parentesco latino, fundado en la unidad de sustancia y de génesis, es ya un imperio en potencia que se trata tan solo de actualizar políticamente en las condiciones históricas concretas de nuestro tiempo, que son además propicias a las formaciones imperiales. No hay que olvidar que la unidad latina está ya, en cierta manera, actualizada o realizada en y por la unidad de la Iglesia católica. El aspecto religioso y eclesiástico (netamente distinto del aspecto “clerical”) es en nuestros días de todo menos irrelevante. Por una parte, estaríamos tentados de explicar el prodigioso auge de los países germánicos y anglosajones en el curso de los tiempos modernos por la interpenetración íntima entre Iglesia y Estado en el mundo protestante; no hay duda de que el imperio anglosajón y germano-anglosajón, fundamentalmente “capitalista”, es todavía hoy de inspiración netamente protestante (ciertos sociólogos ven incluso en el protestantismo el origen último del capitalismo). Por otra, a pesar de sus comienzos radicalmente ateos, la URSS ha redescubierto la Iglesia ortodoxa y utiliza su apoyo tanto en el interior como en el exterior (sobre todo en los Balcanes) y así, cada vez más, la URSS toma la forma de un imperio no solamente eslavo-soviético, sino además

ortodoxo. Parece, por tanto, que las dos formaciones imperiales modernas extraen una parte de su cohesión, y en consecuencia de su poder, de una asociación más o menos oficial con las Iglesias respectivas. Cabe admitir que la mera existencia de la Iglesia católica constituye en las condiciones históricas actuales un llamamiento a la formación de un imperio católico, que no puede ser sino latino. (No olvidemos, además, que el catolicismo ha buscado, ante todo, recurriendo a menudo al arte, organizar y humanizar la vida “contemplativa”, incluso inactiva del hombre, mientras que el protestantismo, hostil a los métodos de la pedagogía artística, se ha centrado principalmente en el hombre-trabajador.)

El parentesco espiritual y psíquico que une a las naciones latinas parece garantizar a sus relaciones dentro del imperio ese carácter de libertad, igualdad y fraternidad sin el cual no existe democracia verdadera. Podría incluso creerse que solo instaurando la democracia en el conjunto del mundo latino se le puede despojar de ese carácter “municipal” que posee mientras permanece encerrada en fronteras puramente nacionales. Solo el imperio, con sus recursos materiales casi ilimitados, parece permitir que se supere la oposición estéril y paralizante de la izquierda y de la derecha, irreductible en el seno de la nación aislada, por definición pobre y, por tanto, sórdida. Solo tareas imperiales parecen capaces de engendrar ese partido renovador en la tradición, pero en una tradición en modo alguno “reaccionaria”, que ha constituido la fuerza de Inglaterra, que los países latinos jamás han conocido y sin la cual la vida política democrática tiene siempre tendencia a caer en la anarquía y la desidia. Por último, la organización del Imperio latino, que sería esencialmente otra cosa que la *Commonwealth* anglosajona o la Unión Soviética, plantearía al pensamiento político democrático problemas inéditos que le permitirían superar por fin su ideología tradicional, adaptada únicamente a marcos nacionales y, por consiguiente, anacrónica. Quizá sea determinando las relaciones entre las naciones en el seno de un imperio (y en última instancia, de la humanidad) donde la democracia tenga de nuevo algo que decir al mundo contemporáneo.

No obstante, a pesar —o quizá precisamente en razón— del estrecho “parentesco” de los pueblos imperiales y, por tanto, del carácter “familiar” de la vida del imperio, habrá necesariamente entre las naciones unidas una nación que será la “mayor” de las demás y la primera entre sus pares. Es el pueblo ruso el que desempeña este papel en el imperio eslavo-soviético y probablemente serán los Estados Unidos quienes estarán a la cabeza de la unión de hecho anglosajona, incluso si está llamada a completarse con elementos germánicos. En cuanto al futuro Imperio latino, resulta evidente que Francia deberá ocupar en él el primer lugar. Razones políticas, económicas y culturales la impulsan a ello y la comprometen. En particular, por lo que respecta a España, el factor demográfico garantiza por sí solo el primer rango a Francia. En relación con Italia, es decir, allí donde el factor demográfico es desfavorable a los franceses, es la industria francesa (situada en las proximidades del mineral de hierro y de la bauxita, así como del carbón del Sarre, belga y alemán) lo que restablecerá el equilibrio conforme al peso específico político y cultural de Francia.

2. Si el parentesco espiritual innegable de los pueblos latinos hace posible la creación de un imperio, ciertamente no basta por sí solo para asegurar su realidad. Para poder hacer frente a las dos formaciones imperiales ya constituidas, no basta a Francia con evocar de cuando en cuando la existencia de “hermanas latinas”; no basta a los latinos con concluir entre ellos “pactos” más o menos balcánicos ni con formar alianzas al

estilo de “ententes” pequeñas⁵ o grandes. Se trata de crear una unidad política real y eficaz que sea tan una, real y eficaz como *la British Commonwealth of Nations* o la Unión de Repúblicas Soviéticas.

Si hace falta alcanzar el grado de unidad y de eficacia de estas dos formaciones imperiales, esto no significa que deba imitarse servilmente la estructura política de una de ellas. Al contrario, todo induce a creer que los latinos deberán, y podrán, encontrar una fórmula imperial inédita. Se trata para ellos de unir unas naciones ricas en un largo pasado independiente. Es aún menos necesario calcar la organización social y económica de los dos imperios rivales. Nada prueba que el “liberalismo” basado en grandes *trusts* autónomos y en un desempleo masivo, apreciado por el bloque anglosajón, y el “estatismo” nivelador y un tanto “bárbaro” de la Unión Soviética agoten todas las posibilidades de organización económica y social racional. En particular, resulta evidente que una estructura imperial “soviética” nada tiene que ver con el “comunismo” y puede ser fácilmente separada de él.

Lo esencial es que la unión latina sea verdaderamente un imperio, es decir, una entidad política real. Ahora bien, es completamente evidente que solo puede serlo a condición de formar una verdadera unidad económica.

Parece que los pueblos latinos no pueden crear una unidad semejante más que si Francia, Italia y España comienzan a poner en común los recursos de sus patrimonios coloniales. Dicho de otra manera, las posibilidades de trabajar en y por las posesiones coloniales deben ser las mismas para todos los ciudadanos de estos tres países (haciendo Francia, además, todo cuanto esté en su poder para obtener de los Aliados la restitución a Italia, incluso al Imperio latino, de las colonias italianas de África del Norte). Es el imperio como tal el que debe establecer un plan único de explotación colonial y proporcionar todos los medios necesarios para su realización. Es asimismo el imperio en su conjunto el que debe beneficiarse de las ventajas resultantes de este esfuerzo común de pensamiento planificador y de trabajo organizado. En suma, es la unidad económica del bloque continuo de las posesiones africanas lo que debe constituir la base real y el principio unificador del Imperio latino.

Además, puede que sea en este mundo latino-africano unificado donde pueda resolverse algún día el problema musulmán (y quizá el problema “colonial” en general). Desde las Cruzadas, el islam árabe y el catolicismo latino han permanecido unidos en una oposición sintética desde varios puntos de vista (influencia del pensamiento árabe en la escolástica, penetración del arte islámico en los países latinos, etc.). Nada dice que en el seno de un verdadero imperio esta síntesis de opuestos no pueda liberarse de sus contradicciones internas, que solo son verdaderamente irreductibles mientras se trate de intereses puramente nacionales. Ahora bien, un entendimiento entre la latinidad y el islam volvería extrañamente precaria la presencia de otras fuerzas imperiales en la cuenca mediterránea.

Pero desde luego la unión económica colonial debe ser completada por una unión económica metropolitana. Acuerdos privados o estatales deben poner a disposición del imperio el conjunto de los recursos minerales y agrarios que ofrece el suelo de los países imperiales. Estos mismos acuerdos deben igualmente asegurar una distribución racional entre los participantes de las tareas impuestas por la seguridad política o militar y las necesidades económicas y sociales del conjunto imperial. Por último, una doctrina concertada de comercio exterior, sostenida, llegado el caso, por

⁵ La “Pequeña entente” fue una alianza defensiva y económica formada en 1920-1921 por Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia (estrechamente vinculada a los intereses políticos y económicos franceses), cuyo objetivo principal era preservar el *statu quo* establecido por los tratados posteriores a la Primera Guerra Mundial. (N. del E.)

una política aduanera común, debe asegurar al imperio la posibilidad de afrontar el mercado mundial en materia de exportación y de oponer en materia de importación, si llega el caso, un monopolio de compra a eventuales monopolios de venta.

Que no se diga que desde el punto de vista económico será Francia quien asumirá todos los gastos de la creación del imperio proyectado, mientras Italia y España se contentarán con recoger los beneficios. Incluso sin mencionar los recursos minerales españoles, puede decirse que estos dos países participarán en la economía imperial mediante la mano de obra que pondrán a disposición del imperio (y, por consiguiente, de Francia). Ahora bien, no hay que olvidar que el trabajo, es decir, la mano de obra y, por tanto, la población en general, constituyen la forma más auténtica de la riqueza nacional.

Todo el mundo está de acuerdo en afirmar que la población actual de Francia no basta para mantener, o para elevar, la economía francesa al nivel de una gran potencia moderna. Ahora bien, sería utópico esperar un aumento masivo de esa población. Una política demográfica hábil y eficaz seguirá siendo, sin duda, siempre de una necesidad vital para este país. Pero como mucho podrá mantener la población propiamente francesa en su nivel actual. En cuanto a la inmigración, Francia ve agotarse la fuente europea oriental para la mano de obra que le falta y es hacia sus vecinos latinos donde debe, en todo caso, dirigir su mirada. Pero resulta evidente que en el ámbito de la mano de obra Francia se enfrentará a las peores dificultades mientras permanezca pura y exclusivamente nacional. Asimismo, aunque por una razón diametralmente opuesta, el nacionalismo aislador y exclusivo (por lo demás políticamente impracticable y en la práctica ya inexistente) tampoco beneficia a los otros dos países latinos. Las economías italiana y española, limitadas a sus recursos nacionales, claramente no bastan para asegurar a sus poblaciones un nivel de vida mínimamente aceptable para un europeo moderno ni para absorber el aumento demográfico anual que hasta ahora se ha constatado.

Por el contrario, un Imperio latino que contara con 110 o 120 millones de ciudadanos (además auténticos en cuanto a mentalidad y aspecto exterior) sería sin duda capaz de engendrar y mantener una economía de gran envergadura, más modesta ciertamente, pero al menos comparable a las economías anglosajona y eslavo-soviética. Esta economía permitiría a su vez elevar en el futuro el nivel de vida en el conjunto del Imperio, es decir, en primer lugar, en España y en el sur de Italia. Al mejorar en estas regiones las condiciones materiales de existencia, se vería dispararse indudablemente la curva demográfica en las décadas venideras. Esa extensión continua (y en principio ilimitada) del mercado interior, secundada por una oferta de empleo en constante aumento, permitiría a la economía imperial desarrollarse evitando tanto las crisis cíclicas inevitables de la economía anglosajona de mercado interior prácticamente saturado, como la estabilidad rígida y opresiva de la economía soviética.

Puede, por consiguiente, esperarse que en un plazo muy breve Francia misma se beneficiará de los supuestos “sacrificios” consentidos por ella a favor del imperio latino. Insertados en la unidad imperial, su suelo metropolitano y sus colonias, incluso explotadas en común, le reportarán sin duda alguna mucho más de lo que podría reportarle su explotación exclusiva estrictamente “nacional”, regulada por principios económicos supuestamente “egoístas”, pero que en realidad son simplemente anticuados.

La unión económica es la condición *sine qua non* de la unidad imperial latina. Pero no es la razón de ser del Imperio latino. El objetivo último y verdadero de la unión imperial es fundamentalmente político y es una ideología específicamente política la que debe engendrarlo e inspirarlo. Ahora bien, la categoría política fundamental es la

de independencia o autonomía. Se suele decir en general que la voluntad política es una voluntad de poder o de “grandeza”. Sin duda. Pero sería más correcto y preciso decir que toda voluntad verdaderamente política es antes que nada una voluntad autónoma y una voluntad de autonomía. El “poder” no es sino un medio de realizar la autonomía y la “grandeza” es una simple consecuencia de esta realización. Considerado en tanto que entidad política, el Estado no hace sino materializar una voluntad de autonomía: por ella se crea y mantiene, porque por ella integra y domina las voluntades particulares por lo demás dispersas, haciendo surgir una “voluntad general”, que no es otra cosa que su propia voluntad de autonomía vuelta asimismo explícita y eficaz. Inversamente, un Estado que ya no está animado por una voluntad de autonomía absoluta se rebaja al nivel de una simple administración, que debe servir en el mejor de los casos a los intereses privados, que de todas formas es incapaz de conciliar.

Crear un Imperio latino destinado a existir en tanto que entidad política es, por tanto, crear y mantener una “voluntad general” latina, autónoma en su querer y que quiera el máximo de autonomía compatible con la situación política general del momento. Dicho de otro modo, las actuaciones de este Imperio deben derivarse en última instancia de la voluntad de unión de los pueblos imperiales y ser independientes, en la medida de lo posible y razonable, de las voluntades o acciones extranjeras. En la práctica, esto significa que las decisiones tomadas por el Imperio y que afectan tanto a su estructura y a su comportamiento interno como a sus relaciones con el extranjero no deben tomarse únicamente en función de los deseos y actos de los dos Imperios rivales ya existentes.

Si cada uno de los tres países latinos en cuestión quisiera inspirar su acción colectiva, es decir estatal o política, en una voluntad —iluminada por la razón y, en consecuencia, “realista”, incluso eficaz— de autonomía latina, la unidad integradora de su triple actividad se seguiría automáticamente. Pero si la unidad de la acción política exterior es una consecuencia inmediata de la existencia de una voluntad de autonomía, es también la premisa necesaria de la realidad eficaz de una voluntad autónoma. El Imperio no puede, por tanto, existir sino a condición de establecer un principio director único de política exterior aceptado por todos los participantes, tanto en el ámbito de la dirección general como en el de la ejecución práctica.

Como toda voluntad en general, la voluntad política de autonomía no puede realizarse sino encontrando y superando resistencias. Debe, por consiguiente, estar armada contra ellas y por eso debe concretarse, entre otras, bajo la forma de un ejército de tierra, mar y aire. No es que una voluntad de autonomía sea necesariamente “militarista” o “belicista” ni que una voluntad imperial sea siempre “imperialista”. Al contrario, el “militarismo” y el “imperialismo” son excrecencias de una voluntad de autonomía en el fondo débil, que no dispone de medios de ejecución verdaderamente potentes (por ello el “militarismo” nace del peligro y sobre todo de la derrota, es decir, de una debilidad: solamente posible o ya actualizada). Son fenómenos que caracterizan sobre todo la existencia política nacional, siendo una nación siempre una base frágil para la voluntad de autonomía que la anima. Por consiguiente, al procurar a esta voluntad mayor eficacia y seguridad, una base imperial la volvería fundamentalmente pacífica, aunque no “pacifista”. Si se hace la guerra para salvaguardar una autonomía amenazada y, por tanto, tambaleante, solo en y por la paz la autonomía se afirma, se realiza y se despliega. Pero mientras haya una pluralidad de imperios en el mundo, cada uno de ellos conservará un resto de debilidad “nacional”, incluso “nacionalista”, y, por tanto, de susceptibilidad “imperialista” y belicosa. Por eso el Imperio latino necesitará un ejército. Necesitará un ejército suficientemente poderoso para poder asegurarle una autonomía en la paz y una paz en

la autonomía y no en la dependencia respecto de uno de los dos imperios rivales. Huelga decir que ese ejército imperial debe ser uno y único y debe ser alimentado desde todos los puntos de vista por el conjunto del imperio. Solo un imperio puede, por lo demás, soportar el peso de un ejército eficaz en las condiciones modernas, peso que aplastaría la economía de cualquier nación aislada. El potencial militar imperial permitiría incluso limitar al estricto mínimo, al menos durante cierto tiempo, los armamentos efectivos, siempre demasiado costosos y que envejecen prematuramente. Pero resulta evidente también que Francia está llamada a desempeñar un papel de primer orden en el esfuerzo militar del imperio. Aquí, más que en ninguna otra parte quizá, sus virtudes militares seculares y su gran experiencia le permiten afrontar sin temor la competencia cooperante de los elementos españoles e italianos. Al infundir un carácter eminentemente francés al ejército latino, Francia se asegurará en contrapartida una preponderancia general justa y justificable dentro del imperio que ese ejército mantiene.

El ejército imperial dirigido por Francia tiene por objetivo hacer eficaz la “voluntad general” de autonomía latina asegurando en el interior y en el exterior, la unidad efectiva del Imperio latino. Pero solo puede hacerlo basándose en esta unidad. Ahora bien, la unidad imperial tiene como pivote la unidad del patrimonio colonial, asegurada por su explotación común. El mantenimiento de la unidad y de la integridad de su dominio colonial es, por tanto, la tarea primordial de la política diplomática y militar del Imperio latino. Esto significa que no basta con explotar en común este dominio. Hace falta además que permanezca de una sola pieza y sea accesible en su conjunto. Las comunicaciones directas entre la metrópoli imperial y sus colonias deben estar aseguradas en todos los casos y especialmente en caso de una guerra. Ahora bien, resulta evidente que los océanos no están a la escala del Imperio latino (sin hablar de Francia tomada aisladamente, que no sabría asegurar ni siquiera las comunicaciones mediterráneas). Ciertamente no habría que concluir de ello que Francia deba renunciar a sus posesiones oceánicas, tales como Indochina, Madagascar, las Islas, etc. Pero sería vano y peligroso intentar construir una flota capaz de controlar las vías que conducen a ellas. Al evitar ese intento, hace falta desde el comienzo construir y dirigir la economía y la política (diplomática y militar) imperiales teniendo en cuenta el hecho de que las posesiones lejanas pueden ser separadas un día de la metrópoli, temporal o incluso definitivamente.

Lo que, en cambio, presenta un interés vital es que las colonias africanas sean verdaderamente accesibles a partir de la metrópoli. Esto significa que, abandonando los océanos a las rivalidades de los otros dos imperios, el Imperio latino debe reservarse la exclusividad del Mediterráneo. Los problemas estratégicos planteados por este mar están sin duda alguna al alcance de las posibilidades militares del Imperio latino, que, provisto de la posesión de Bizerta y de Sicilia, así como del *hinterland* y de la otra orilla de Gibraltar, podría controlar las comunicaciones con una flota naval y aérea muy modesta. Por eso la idea de un Mediterráneo —*mare nostrum*— podría y debería ser el objetivo concreto principal, incluso único, de la política exterior de los latinos unificados. Que no se diga que esta divisa ya fue inscrita en los estandartes fascistas que fueron de todo menos gloriosos. Lo grotesco no estaba en la idea, sino únicamente en la pretensión ridícula de poder realizarla con los únicos medios de una nación aislada y exclusiva, que además ni siquiera tuvo el privilegio de llamarse Francia.⁶ Por el contrario, un Imperio latino podría sin duda alguna devolver toda su

⁶ “Que además ni siquiera tuvo el privilegio de llamarse Francia” omitido en la edición francesa de 1992. (N. del E.)

seriedad a esta vieja fórmula romana. A condición desde luego de hacer de esta fórmula la idea directriz de toda su política y de consagrarle todas sus fuerzas.

Ciertamente, no se trata con esto de denegar el acceso al Mediterráneo a quienquiera que sea. Se trata únicamente de la posibilidad material de hacerlo. O bien, en otros términos, se trata de tener el derecho y los medios de exigir una contrapartida a aquellos que quisieran circular libremente en este mar o de excluir a algunos otros, no pudiendo efectuarse dicho acceso y dicha exclusión más que con el asentimiento del Imperio latino y mediante los medios de los que solo este dispone.

De manera general, el Imperio latino no se constituye para atacar ni para debilitar a los otros. Ni siquiera se constituye con vistas a participar en la guerra futura. Muy al contrario, tiene como fin último asegurar la paz a sus participantes y, por tanto, a Europa occidental por completo. Demasiado débil para atacar, podría ser suficientemente fuerte para imponer su neutralidad y salvar así de la ruina el perímetro del Mediterráneo y todo Occidente: latino u otro. Por consiguiente, si Francia engendra el imperio para prolongar en el futuro la autonomía y la grandeza que su presente puramente nacional ya no puede sustentar, lo hace también en su calidad de primera potencia europea, responsable de la conservación de una civilización que en gran parte ha creado. Puede decirse así que el objetivo último de la política imperial latina es el mantenimiento de la paz en el Occidente europeo.

Ciertamente, no hay que sobrestimar las posibilidades políticas del Imperio latino. Nunca será lo bastante fuerte para asegurarse una autonomía absoluta. No será suficientemente fuerte para neutralizar la rivalidad de los dos otros imperios e impedir llegado el caso su conflicto armado. Puede, por tanto, que un día los latinos deban coordinar⁷ su política con la de uno de estos dos rivales, oponiéndose políticamente al otro. Pero incluso en esta hipótesis Francia tiene interés en la creación de un Imperio latino. Si se presenta a la cabeza de un imperio, su peso político y económico será muy distinto que si se suma a una formación imperial extranjera en tanto que nación aislada. De igual manera que Inglaterra, entrando en la estela de América, intenta rodearse de satélites “nacionales” (entre los cuales tanto querría ver a Francia), Francia no debería afrontar en solitario las peligrosas ventajas de un “entendimiento” con una potencia verdaderamente grande. Tanto menos cuanto que allí donde Inglaterra debe contentarse con “clientes”, Francia podría tener asociados-colaboradores.

En particular (y es verdaderamente una ocasión para decir *last not least*),⁸ la formación de un Imperio latino en torno a Francia volvería estratégicamente insostenibles las posiciones de una eventual marca germánica del Imperio anglosajón. En esas condiciones nadie tendría, por tanto, interés en restablecer el potencial económico y militar de Alemania, algo que solo habría podido haberse hecho en detrimento de sus vecinos occidentales. Pero si Francia permanece aislada, incluso aliándose con Inglaterra, es más que probable que la decisión de defender Occidente de los rusos tenga como consecuencia (relativamente próxima, si no inmediata) un llamamiento a la potencia más o menos unificada del mundo germánico. Ahora bien, si el peligro de una Alemania enemiga parece conjurado para siempre, los peligros económicos que presenta una Alemania “aliada” enfrentada dentro de un “bloque occidental” emanado del Imperio anglosajón no son en absoluto quiméricos y resultan indiscutiblemente mortales para Francia, incluso en el plano político. Solo un Imperio

⁷ “Coordinar” forma parte del espectro léxico que Kojève maneja asimismo en su *Esquisse d'une phénoménologie de droit* (Esbozo de una fenomenología del derecho) para referirse a una situación de inestable equilibrio político y que opone a la idea de derecho. (N. del E.)

⁸ En inglés en el original. (N. del E.)

latino podría oponerse indefinidamente a una hegemonía continental alemana, ejercida sin control anglosajón, tanto por los “medios de persuasión” de los que este imperio dispondrá, como porque él mismo es capaz de ofrecer esas garantías de fuerza y de estabilidad europeas que, de otra manera, se estaría tentado de ir a buscar más allá del Rin.

IV

MEDIOS DE REALIZACIÓN

1.9 Llamado a actuar externamente, el Imperio latino solo puede construirse superando los obstáculos externos por un lado y encontrando apoyos por el otro.

Es evidente que el Imperio latino chocará, desde sus primeras etapas, con una oposición sistemática —y, hay que decirlo, eficaz— por parte de Inglaterra. En cualquier caso, todos los intentos realizados hasta ahora —por lo demás bastante modestos— para acercarse a los pueblos latinos han provocado reacciones británicas hostiles y más o menos violentas. De hecho, según los ingleses solo podría aducirse un buen argumento a favor de una unión latina: el hecho de que la existencia de un Imperio latino suficientemente poderoso elimina la necesidad de rearmar a Alemania y, por tanto, de restablecer su prosperidad económica, siempre peligrosa para la economía británica.

Dado que en Londres nunca se consideró una Alemania fuerte y próspera más que como un último recurso, este argumento tiene sin duda algún mérito. Pero no puede negarse que los inconvenientes que presentará el Imperio latino compensan ampliamente, a los ojos de los ingleses, las ventajas de una eliminación permanente de la competencia política y económica alemana. A lo sumo, puede decirse que una propaganda hábil en los medios liberales ingleses y, sobre todo, laboristas, jugando con temas democráticos (el derecho de los pueblos a la autodeterminación y el intento de una organización internacional democrática) y pacifistas (neutralización mediadora del conflicto entre rusos y anglosajones), podría limitar en algo la violencia de la oposición inglesa. Además, hay que subrayar que una intervención directa y abierta contra los intentos de formar un Imperio latino (que debería llamarse más bien “unión”, “acuerdo” o “entente”) sería difícil de justificar con argumentos convincentes y dignos, no solo ante la opinión mundial, sino incluso ante la opinión pública inglesa. Todos los argumentos que Inglaterra esgrime actualmente a favor de un “bloque occidental” pueden aplicarse *mutatis mutandis* al Imperio latino. Pero no hay que sobreestimar la importancia de este tipo de dificultades, pues la línea argumental oficial inglesa nunca se ha visto afectada por una contradicción.

Si, en su oposición al Imperio latino, Inglaterra cuenta con el apoyo incondicional de Estados Unidos, la situación de una Francia política y económicamente debilitada, que se esfuerza por crear este imperio, será sin duda extremadamente delicada. Pero cabe suponer que los puntos de vista inglés y americano no coincidirán completamente en lo que respecta a la “cuestión latina”. Por una parte, Estados Unidos es sin duda consciente de que la formación y existencia de un Imperio latino no le supone ningún peligro real, ni militar, ni político, ni siquiera económico. Pues todo se reduce, en el fondo, a la cuestión de saber si toda Europa occidental debe entrar en la esfera de influencia económica —y por tanto política— inglesa o si esta esfera de influencia debe ser limitada por un Imperio latino económica y políticamente independiente. Ahora bien, es más que probable que Estados Unidos

⁹ Segunda omisión de la edición francesa de 1992, que comprende la totalidad de esta sección 1. (N. del E.)

no lamente ver disminuir la importancia relativa de Inglaterra dentro del bloque angloamericano. Quizá no miren con malos ojos una dominación latina del Mediterráneo, que daría un golpe al control militar absoluto y exclusivo que Inglaterra ejercería de otro modo sobre el petróleo de Oriente Medio. Por otra parte, lejos de querer o poder competir con Estados Unidos en el terreno económico, el Imperio latino podría, al contrario, acercarse a él con un acuerdo comercial favorable canalizando el flujo de su comercio exterior hacia América y desviándolo, en cierta medida, de las numerosas costas que quizá resulten excesivamente hospitalarias para el futuro “bloque de la libra esterlina”.

Pero es sin duda evidente que el mercado que representarían los 120 millones de habitantes de los tres países latinos unidos tiene para América mayor importancia que el que constituirían estos mismos países aislados y, por consiguiente, abandonados más o menos completamente al control económico inglés. Por último, no hay que olvidar que la opinión pública americana siempre ha abogado por la abolición de las barreras económicas dentro de Europa. Los defensores del Imperio latino podrán así desarrollar fácilmente una propaganda eficaz a su favor en Estados Unidos centrándose en su aspecto de libre comercio, al menos el interlatino. En general, si Francia y el Imperio latino están destinados a afiliarse económicamente a un grupo más poderoso que ellos, sin duda debe elegirse el más rico y, por tanto, el menos exigente. Ahora bien, no cabe duda de que, económicamente hablando, Estados Unidos es con mucho superior a los demás países del mundo. Incluso desde un punto de vista estrictamente francés, una orientación económica latina hacia América es por tanto preferible a una asociación con la economía inglesa, que parece ser el destino casi inevitable de una Francia aislada.

Con respecto a la URSS, el Imperio latino podría anticipar una actitud aún más favorable que la esperable de Estados Unidos.

Ciertamente, el Gobierno soviético siempre se ha mostrado hostil a todos los “bloques” entre naciones, pequeños, medianos o grandes. La oposición a estos “bloques” fue incluso, y sigue siendo, el *leitmotiv* de su política exterior. Pero debería ser posible hacer comprender a Moscú que, permaneciendo dividida —por no decir “nacionalista”—, toda Europa acabaría tarde o temprano bajo control político inglés y participaría activamente en una futura guerra de todos modos, mientras el Imperio latino podría posiblemente permanecer neutral durante el conflicto, protegiendo así, en cierta medida, la retaguardia occidental de la URSS. La neutralidad latina no puede ciertamente tener una influencia decisiva en el resultado de la guerra reforzando apreciablemente las posiciones soviéticas ya bastante débiles. Pero todo el mundo estará de acuerdo en que, gracias a esta neutralidad, la victoria, sea cual sea, se habrá obtenido a bajo coste. En resumen, la URSS no tendría nada que perder y quizá algo que ganar como resultado de la formación de una unión imperial latina. Bajo estas condiciones, y como resultado de iniciativas diplomáticas pacientes y prolongadas, sería posible esperar de la Unión Soviética no solo una neutralidad benévola, sino incluso una ayuda económica y política efectiva, prestada a un Imperio latino en vías de formación, sobre todo si la creación de este Imperio encontrara una oposición concertada de Inglaterra y Estados Unidos. Incluso en esta constelación particularmente desfavorable, sería así posible que los pueblos latinos no abandonaran su esfuerzo imperial si la URSS se declarara dispuesta a proporcionarles las materias primas y el equipo industrial que necesitaran. Sea como sea, la experiencia de los tiempos recientes ha mostrado que solo cuando surgen problemas mediterráneos emerge espontáneamente en ambos lados un vago deseo de colaboración política franco-rusa.

En cualquier caso, esta colaboración demostró ser incapaz de establecerse con ocasión del problema alemán. En cuanto a este problema mismo, es de orden más económico que político, y será tratado dentro del párrafo económico (§ 3) de este capítulo en relación con la cuestión del carbón.

Por tanto, no resta sino considerar la cuestión de las relaciones entre Francia y sus dos supuestos socios latinos.

En lo que concierne a España, es evidente que, por una parte, las vagas aspiraciones latinas de Franco (por lo demás abandonadas) están condenadas al fracaso y, por otra parte, que el Imperio latino no puede llegar a existir a menos que el Caudillo y su gobierno sean eliminados. Pues es ya evidente que este estadista “nacionalista” pretende conservar su poder, o al menos el régimen social que representa, convirtiendo a España en un “dominio” inglés. Sería por tanto necesario reemplazar a Franco por un gobierno francófilo,¹⁰ es decir, favorable a la creación de un Imperio latino bajo la égida de los franceses. Ahora bien, sin detenerse en las oportunidades desaprovechadas, puede decirse que, incluso hoy, la causa no puede considerarse definitivamente perdida. Por una parte, la idea franco-latina encontraría una acogida muy favorable en ciertas clases españolas hostiles a la Falange. Por otra, Estados Unidos apoya a Franco solo de forma muy tibia, mientras que la URSS hace todo lo posible por derrocarlo. Inglaterra lo apoya, ciertamente;¹¹ pero la actitud británica es difícil de justificar ante la opinión mundial e incluso ante la opinión inglesa, sobre todo desde la llegada al poder de los laboristas. Una acción concertada contra Franco no es por tanto imposible y Francia podría, desde ahora, tomar la iniciativa, llegando a un entendimiento sobre este asunto con la URSS y Estados Unidos y rodeándose de los países de América Latina y posiblemente Italia. Solo que no bastaría con oponerse a Franco con el asunto puramente negativo del “antifascismo”. Respecto a los demás pueblos latinos (y quizá a los rusos) sería necesario apelar, contra la España falangista, a la idea de la unión latina, es decir, a esa misma idea que Franco siempre ha defendido y que actualmente está traicionando en beneficio de los anglosajones y particularmente de Inglaterra. Pero poco interés tendría derrocar a Franco si ello resultara, para España, en un estado latente de anarquía. Es tan ilusorio intentar crear un imperio sólido con una España anarquizante y anarquista como psicológicamente difícil reconciliar a las clases dirigentes políticas y económicas francesas con la República española demasiado “roja”. Sería necesario encontrar, en la propia España y entre los emigrantes españoles, una base más disciplinada y menos “revolucionaria”, que también resulte aceptable para las actuales clases dirigentes españolas en el momento en que den la

¹⁰ Kojève acompaña su escrito sobre el Imperio latino de un resumen en el que enumera ocho concisas medidas para su creación. Las dos primeras conciernen a España e implican el derrocamiento del general Franco, por un lado, y la realización de un sondeo entre la opinión pública española a efectos de averiguar el grado de apoyo con el que en España contaría la idea política de un imperio latino bajo patronazgo francés (Biblioteca Nacional de Francia, NF, Fonds NAF 28320 Alexandre Kojève, caja 13, “Escritos de carácter político”, 27 de agosto de 1945, p. 62: “Francia debe encabezar una acción encaminada a derrocar el gobierno de Franco de acuerdo con los otros países latinos [...] tomar contacto con los medios españoles francófilos y accesibles a la idea del Imperio latino”. (N. del E.)

¹¹ En la Conferencia de Potsdam, en julio de 1945, Truman y Churchill se resistieron a la presión de Stalin para que los Aliados actuaran contra España. Franco había realizado, desde finales de 1943, discretas tentativas de acercamiento a los Aliados, pero, pese a la afirmación de Kojève en este punto, las relaciones de España con Estados Unidos y Gran Bretaña siguieron siendo frías; en los años inmediatamente posteriores a la guerra, España fue excluida de las Naciones Unidas (hasta 1955) y de los beneficios del Plan Marshall. A pesar de la firme retórica antifranquista del Partido Laborista británico, el gobierno de Clement Attlee mantuvo la política de cautelosa neutralidad hacia España establecida por Churchill. (N. del E.)

espalda a Franco. Pero no parece que tal base pueda formarse sin un acuerdo previo con la Iglesia española y, por tanto, también con el Vaticano. Esto ciertamente no es algo sencillo. Ahora bien, no puede afirmarse a priori que la idea de un Imperio latino no llegue un día a cautivar a los hombres políticos de la Curia romana (a condición, por supuesto, de que este Imperio consienta en garantizar las finanzas papales). (Véase § 4.)

En Italia, como en España, la situación verdaderamente favorable a Francia y al Imperio latino pertenece ya en gran medida al pasado. Pues la influencia económica y política inglesa, poderosamente apoyada por los errores de la política italiana de Francia, ha hecho progresos muy palpables allí en estos últimos meses. No obstante, la idea de un Imperio latino dirigido por Francia sigue siendo muy popular al otro lado de los Alpes y representa todavía hoy una idea política concreta, apoyada por clases influyentes y política y económicamente fuertes. En conjunto, Italia está inclinándose hacia Inglaterra incluso mientras espera —en vano, por lo demás— ofertas provenientes de Francia relativas a un acuerdo económico, a una alianza política o incluso a una fusión de los dos países latinos.

Pero, aquí también, es difícil concebir un acuerdo profundo y duradero sin un acuerdo previo con el Vaticano.

También podría pensarse en Portugal. Solo que este país lleva demasiado tiempo bajo la influencia económica y política de Inglaterra como para poder ser incluido, desde el principio, en el Imperio latino. No cabe duda, sin embargo, de que, si este Imperio llegara a formarse, Portugal (incluso “salazarista”)¹² acabaría uniéndose a él tarde o temprano.

Una perspectiva aún más lejana se abre, finalmente, sobre América Latina. Ciertamente no puede ser cuestión de conectar políticamente estos países distantes al imperio. Pero es evidente que el Imperio latino ejercería sobre ellos una atracción cultural mucho más poderosa que la que Francia, Italia y España pueden ejercer por separado. Ahora bien, esta atracción aumentada podría manifestarse en forma de importaciones adicionales desde la Europa latina.

2. En lo que concierne al Imperio latino, la clave de la situación no está en el extranjero, sino en Francia. Solo Francia puede poner en marcha este imperio, de la misma manera que solo la adhesión a la idea imperial latina puede permitir a los franceses salir del callejón sin salida político (y económico) en que se encuentran. Pero será muy difícil sin duda transformar esta idea general en un “proyecto” concreto convirtiéndolo en el objetivo y el motor de una política francesa “realista”. Primero, a causa de un prejuicio antilatino muy extendido, que probablemente no es sino una forma camuflada de ese “complejo de inferioridad”, a veces “sobrecompensado”, que Francia empieza a padecer. En segundo lugar, debido a ese “quietismo” económico y político que se observa en el país desde hace varias décadas y que paraliza toda veleidad de acción propiamente dicha, es decir, de actividad negadora de lo dado, y, por tanto, creadora o renovadora. Ahora bien, en el caso del Imperio latino habría que hacer aún más que “renovar”, puesto que se trata de romper con toda la tradición “nacionalista”

¹² La influencia a la que se refiere Kojève tiene sus raíces en la alianza angloportuguesa, plasmada en un tratado de 1373 y renovada intermitentemente desde entonces, más recientemente en 1943. A pesar de ciertas presiones por parte de funcionarios del Foreign Office británico para romper la alianza con Portugal a partir de 1912, el valor estratégico de las colonias e islas portuguesas, así como su apoyo militar ocasional, fueron suficientes para preservar la alianza hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. El Foreign Office británico volvió a defender la alianza tras el acceso al poder en 1932 del primer ministro fascista António de Oliveira Salazar (1889-1970), nuevamente por razones estratégicas. (N. del E.)

que desde hace siglos es también una tradición eminentemente nacional, habiendo sido Francia una “gran nación” y la primera “nación” verdadera en aparecer en el mundo. Por último, es la situación política interior la que parece oponerse de antemano a toda tentativa de centrar el conjunto de las actividades francesas en torno a una sola idea directriz. Por una parte, la oposición, vuelta tradicional y rígida, entre “izquierda” y “derecha” divide profundamente el país, haciendo que una de estas partes rechace toda idea aceptada por la otra (La tentativa del general de Gaulle de elevarse por encima de esta oposición ha tenido como resultado crearle una situación sin duda “espléndida”, pero también absoluta e irremediablemente “aislada”). Por otra, la existencia de formaciones parapolíticas como la Resistencia y el catolicismo — que resultan tanto más “inquietantes” cuanto más se extienden al tiempo que permanecen inaprensibles— y la presencia de grandes partidos bien organizados como el comunista, el radical y el socialista, que son (como muestra el ejemplo de los radicales) tanto más intransigentes en su actitud cuánto menos doctrinal es esta, dificultan la creación de una “voluntad general” en torno a una idea política nueva.

Sin embargo, mirando más de cerca, se percibe que la situación actual es mucho más favorable a un renacimiento político que la que se observaba antes de la guerra. Podría incluso decirse que una gran acción política es hoy tan difícil precisamente porque tiene posibilidades reales de éxito. En cualquier caso, las dificultades son en cierto modo “normales”, pues no es ciertamente con medidas “fáciles” cómo se podrá enderezar la situación tal y como se presenta.

El factor positivo decisivo es sin duda la existencia del general de Gaulle. La idea latina no es más que una concreción de la voluntad francesa de autonomía política y de “grandeza”. Ahora bien, esta voluntad se manifiesta incontestablemente en cada palabra y en cada acto del actual jefe de Gobierno. Desgraciadamente, hasta el presente al menos, la voluntad política de este jefe ha tenido por objetivo galvanizar un pasado, por lo demás atractivo y glorioso, mucho más que crear un futuro, incierto quizá, pero políticamente viable. En última instancia, la voluntad altamente política encarnada en de Gaulle se pone al servicio de una utopía anacrónica y este hecho basta por sí solo para explicar, e incluso justificar, la imposibilidad evidente de transformar esta voluntad personal —subjetivamente tan fuerte— en una “voluntad general” objetivamente eficaz. En tales condiciones la mejor solución consistiría en una “conversión” de de Gaulle a la idea del Imperio latino, conversión que solo podría resultar de una serie de diálogos prolongados, llevados a cabo al abrigo de los rumores públicos. Pero nada asegura que tales diálogos sean actualmente posibles y nada prueba que llegarían efectivamente al resultado deseado.

No habría, por tanto, que ligar al destino del general de Gaulle la acción destinada a restaurar políticamente Francia en función del Imperio latino. Se tendría que buscar y encontrar una base más amplia, y quizá más sólida, en el conjunto del país: una base que asegurase el mantenimiento, o circunstancialmente el retorno, del general de Gaulle al poder, permitiéndole encarnar en su persona una “voluntad general” política ya constituida. Esta base ampliada sería, por lo demás, necesaria incluso en el caso de que un de Gaulle convertido a la idea del Imperio tuviera que aplicarse desde el principio a su creación.

Pero la Francia actual no es una monarquía absoluta. Se encuentran presentes en ella partidos organizados, múltiples y vivaces, y es con ellos —y no contra ellos— con los que debe constituirse la base real de una acción política.

En primer lugar, está el partido comunista. Este partido es importante porque los medios ideológicos y materiales de los que dispone le permiten sabotear eficazmente toda empresa política que crea que es su deber desaprobado. En la medida de lo posible, por lo tanto, no habría que provocar una oposición abierta de su parte.

Pero habría que obtener de él algo más que una mera neutralidad. La construcción de un Imperio latino, e incluso un simple enderezamiento “nacional” de Francia, exigirán un gran esfuerzo de trabajo coordinado y sostenido por parte de la clase trabajadora, esfuerzo que solo el partido comunista podría obtener de ella. Pero ¿puede realmente esperarse una colaboración positiva con este partido?

Yendo al fondo de las cosas, y descartando ciertos prejuicios, parece que podría responderse afirmativamente. De hecho, al menos en la medida en que las grandes líneas de su política están codeterminadas por Moscú, el partido comunista hace las veces actualmente de partido conservador, cuya divisa podría expresarse con aquella fórmula de Vichy: “Trabajo-Familia-Patria”. Este partido es en realidad “conservador” porque quiere conservar la autonomía política de Francia (así como la de Italia y España) y defenderla a toda costa contra la influencia del mundo anglosajón, incluso al precio del mantenimiento indefinido del *statu quo* económico, social y político. En este sentido, el partido comunista colma providencialmente una laguna en la vida política francesa que comprometería seriamente la estabilidad del Estado y sus posibilidades de acción enérgica. Se trata de la ausencia prolongada en Francia de un partido generalmente llamado “conservador” que no sea reaccionario, es decir, de un partido que atribuya por una parte un valor absoluto al Estado en cuanto Estado y que admita por otra que el Estado no puede vivir políticamente más que adaptándose sin reservas a una evolución a veces radical y a menudo rápida. Ahora bien, el partido comunista francés, siendo “conservador” por la fuerza de las cosas, no es en absoluto “reaccionario” en sus intenciones; al contrario, está abierto a todas las propuestas que buscan una “modernización” del Estado. Su casi único defecto —pero este defecto es muy grave— consiste en que “el patriotismo” que lo anima no es ni siquiera soviético, sino abiertamente ruso-eslavo. En tales condiciones, el partido no colaborará nunca con el proyecto del Imperio latino mientras este proyecto no cuente con el asentimiento del Gobierno soviético. Pero una vez obtenido ese asentimiento, no cabe duda de que la inmensa mayoría de los miembros del partido francés se alegrarán mucho de poder sustituir su “patriotismo” ruso por un patriotismo latino. En general, los mejores elementos del partido comunista se reclutan entre quienes desearían transcender los marcos efectivamente demasiado estrechos que imponen a la vida económica, social y política moderna las fronteras de una nación. Nada impide que tras recibir un contenido “imperial” concreto, el universalismo comunista pueda utilizarse ventajosamente en un trabajo constructivo.

Hay que reconocer, no obstante, que el partido comunista es un partido “conservador” muy *sui generis* y que no es fácil hacerle jugar en Francia el papel que jugaban en Inglaterra, por ejemplo, los *tories* liderados por Churchill. Pues, por una parte, salvo quizás algunos de sus dirigentes, el partido comunista francés no sabe —ni querría saber, ni mucho menos admitir— que es un partido “conservador” o incluso un partido “de derechas”. Por otra, el general de Gaulle, y sobre todo los medios políticos y económicos gobernantes actuales, se sienten ciertamente “incómodos” ante la idea de tener que gobernar con un apoyo decisivo del partido comunista. Ahora bien, sin la persona y la autoridad de de Gaulle, este partido probablemente no podría desempeñar el papel conservador y al mismo tiempo constructivo que se espera de él. Su actividad quedaría ciertamente estéril sin un acuerdo (que podría permanecer tácito, a condición de ser efectivo y eficaz) con las capas dirigentes reales del país.

Para poder hacer una obra política útil, es preciso, por tanto, crear en Francia un vínculo entre las masas más o menos dirigidas por el partido comunista, la voluntad política representada por el general de Gaulle, y las fuerzas reales ostentadas por la élite económica, técnica y cultural.

Ahora bien, por fortuna, este vínculo existe actualmente, por decirlo así, en potencia, en ese algo políticamente bastante vago desde luego, pero vívido y vivaz que se llama Resistencia. Por una parte, la Resistencia agrupa a los elementos más activos de la nación, tiene ciertas veleidades de reforma profunda y ya ha hecho la experiencia —en definitiva, no demasiado desastrosa— de una colaboración política con los comunistas. Por otra, la anima un patriotismo auténticamente francés y tiene vínculos personales y directos tanto con el general de Gaulle como con ciertos medios dirigentes franceses. Sin embargo, al haber sido formada con vistas a una resistencia —es decir, al haber nacido de una pura y simple negación—, este movimiento sigue aún privado de una idea directriz positiva y, por consiguiente, le falta unidad e incluso realidad política verdadera. Tal como está, tomada en bloque, la Resistencia no puede servir ni de fuerza motriz, ni siquiera de correa de transmisión o de órgano de acoplamiento.

Para crear a partir de la Resistencia el vínculo eficaz en cuestión, es preciso proceder a una selección. Esta selección resulta tanto más necesaria cuanto que este movimiento ha acaparado, por la fuerza de las cosas, numerosos elementos fundamentalmente nihilistas llamados “intelectuales de izquierda”, para quienes el inconformismo posee en sí un valor absoluto, en lugar de ser una consecuencia a veces necesaria —pero siempre lamentable— de una voluntad constructiva concreta. Convendría relegar a estos elementos fundamentalmente antiestatales al ámbito literario que les es propio y del que solo han salido por el azar de los acontecimientos. Pero, naturalmente, no le corresponde a nadie juzgar a los hombres ni elegirlos a su arbitrio. Por consiguiente, la selección prevista debe operarse por la idea política misma, la cual rechazará a todos aquellos que la encuentren demasiado “conformista”.

El hecho de haber pertenecido al movimiento de la Resistencia constituye sin duda un indicio favorable que siempre habrá que tener en cuenta. Sin embargo, no es una condición suficiente para participar en la nueva élite política constructiva, ni siquiera es una condición necesaria. Nada obliga a descartar de oficio a un antiguo partidario de Vichy.¹³ Ciertamente, hay que eliminar a todos aquellos que optaron por Vichy porque son reaccionarios obtusos e irreformables u oportunistas convencidos. Pero sería injusto y peligroso prescindir de todos los que tuvieron fe en la “revolución nacional” y actuaron en consecuencia. Pues debe dejarse a las escasas personas que actúan y creen que se equivoquen a veces, incluso si su error es grave; y el Estado puede siempre servirse útilmente de un hombre capaz de ir hasta el final en el cumplimiento de un deber, aunque sea mal comprendido. Todo ello en la medida en que la crisis francesa actual es mucho menos una crisis de inteligencia y de comprensión que una crisis de voluntad y de fe operante. En resumen, si la idea política propuesta debe tener la virtud de apartar a los “nihilistas” más o menos “resistentes”, también debe ser capaz de reunir a los antiguos “entusiastas” más o menos “nacionales”, así como a todos los partidarios fervientes de un trabajo bien hecho y positivo.

En suma, la élite llamada a servir de vínculo entre las masas simpatizantes del comunismo, el general de Gaulle y las capas dirigentes actuales puede ser reclutada en todos los medios sociales y políticos. La idea política propuesta debe servirse de todos los partidos que quieran sostenerla. No cabe duda, sin embargo, de que ciertos partidos franceses no pueden servir de base política estable para una acción imperial latina. Tal es el caso del partido radical-socialista. Dada su composición social, se trata de un partido para el consumo y no para la construcción, es decir, de un partido que

¹³ Esta idea de Kojève de incorporar a antiguos cuadros de la administración de Vichy dentro de un movimiento de la Resistencia repensado en términos corporativistas resulta particularmente interesante porque en buena medida fue lo que ocurrió. Así relevantes cargos con los que Kojève compartió amistad y servicio público (Jean Fillippi, Thierry de Clermont Tonnerre, Bernard Clappier) iniciaron sus brillantes carreras en aquel régimen. (N. del E.)

desearía ver en el Gobierno una simple administración civil y no el representante de un Estado todopoderoso. Por consiguiente, la adhesión de Francia al bloque anglosajón tentará mucho más a este partido que la creación de un Imperio latino, que solo podrá garantizar la autonomía política de Francia al precio de largos y duros esfuerzos y de serias restricciones. No se sigue de ello, sin embargo, que sea imposible una colaboración parlamentaria y administrativa con el partido radical.

En cuanto a los socialistas, no son peligrosos. La posición que ocupan entre los comunistas y los radicales les obliga a erigir la transacción en principio. E incluso cumplirán siempre una función útil, consistente en moderar la voluntad de poder de sus vecinos de izquierda y en estimular el celo —aunque solo sea verbal— de sus vecinos de derecha. En la práctica, el partido socialista podrá ser utilizado siempre, ya sea en el seno de una coalición parlamentaria, ya sea como una “oposición” leal. Mucho más importante, pero también más delicada, es la cuestión planteada por el catolicismo. Pues aquí se trata menos de relaciones políticas con un partido que de un entendimiento ideológico con la Iglesia y de un acuerdo moral con la población efectivamente creyente o que se considera tal. Pero este problema debería ser discutido por separado.

La cuestión de todo punto importante relativa a las relaciones de la idea política y de su élite con las clases responsables de la vida económica del país exige igualmente ser tratada por separado (§ 3). En la práctica, sería necesario ganar para la idea y para la élite a los directores de empresas privadas, intentando convencer sobre todo a quienes aún no han alcanzado lo que creen que deben ser las cimas de sus carreras.

En definitiva, ni la creación del Imperio latino ni siquiera la reconstrucción económica y política de Francia pueden llegar a realizarse sin la creación previa de una élite política que reúna a miembros “constructivos” de la Resistencia, a funcionarios que hayan conservado una fe en el Estado, a técnicos que amen su trabajo por sí mismo y a “capitalistas” todavía imbuidos de una voluntad de autonomía, expansión y poder económico. Solo una élite de este tipo podría elevarse por encima del conflicto “municipal” de izquierda y derecha sin encontrarse por ello en el aire perfectamente puro pero irrespirable de la teoría abstracta o de los sueños.

3.¹⁴ Incluso el esfuerzo nacido de una voluntad política concreta, realizado por una élite y apoyado por toda la población, solo puede tener éxito si cuenta con una base económica adecuada.

Con respecto al Imperio latino, tal base existe sin duda. No se trata, ciertamente, de que el Imperio pueda formar una unidad absolutamente autárquica. Hay que decir que la autarquía no es ni necesaria ni siquiera deseable en este caso, dado que el objetivo supremo de la política imperial es el mantenimiento de la neutralidad y de la paz y no la preparación para una guerra.

Pero los recursos que contiene la tierra de las tres metrópolis latinas y sus colonias son tales que, explotados racionalmente, permitirían al Imperio enfrentarse al mercado mundial en un pie casi de igualdad con las formaciones imperiales ya existentes. El Imperio podrá satisfacer todas sus necesidades recurriendo solo a un intercambio normal de bienes, sin verse obligado a aceptar donaciones en forma de “créditos” no reembolsables, que tendrían como consecuencia la sujeción económica, por no decir política, del deudor.

Hay, sin embargo, un punto oscuro en este panorama: el carbón. De hecho, el Imperio latino será irreparablemente pobre en combustibles sólidos. Lo que quizá sea

¹⁴ Tercera omisión en la traducción francesa de 1992, que comprende la totalidad de esta sección 3. (N. del E.)

aún peor, probablemente no habrá suficiente carbón para servir como materia prima necesaria para la industria química sintética del futuro. Todo esto es ciertamente grave. Pero ¿constituye una objeción a la formación, por parte de Francia, de un Imperio latino?

Ciertamente parece que no. Aunque solo sea por la razón de que, si Francia permanece aislada, tendrá tan poco carbón —y quizá incluso menos— que si se integra en el imperio. De hecho, mientras los tres países latinos sean, necesariamente, grandes importadores de carbón, es evidente que solo pueden ganar formando un grupo de compra, sobre todo porque el Imperio latino tendrá prácticamente el monopolio en este campo. Parece bastante evidente que Inglaterra, y sobre todo Alemania, tendrán un día que exportar carbón, ya sea para reducir los efectos del desempleo o para equilibrar la balanza de pagos, pero les será difícil vender en otro lugar que no sea en los tres países imperiales latinos.

Aún así, existe una circunstancia excepcional y extraordinariamente favorable que quizá permita a Francia, e incluso al Imperio latino, resolver definitivamente el problema del carbón. Esta circunstancia es la derrota de Alemania, el miedo que continúa inspirando en el mundo, especialmente en la URSS, y el hecho de que Francia se encuentre en el campo de los vencedores mientras es el país más amenazado en caso de un renacimiento del militarismo alemán. Se trata solo de extraer la máxima ventaja posible de esta circunstancia y de hacerlo de tal modo que la ventaja temporal se vuelva permanente.

Para llegar a ese punto, Francia tendría que limitar sus reclamaciones a Alemania a tres. Pero la importancia de una de estas reclamaciones es tal que las otras dos tendrían que sostenerse solo en la medida en que no interfirieran con la plena satisfacción de la primera.

Esta reclamación principal se reduce a esto: se prohíbe a Alemania comerciar minerales ferrosos distintos de los extraídos de su propio suelo (suponiendo que la minería sea rentable) y todos los altos hornos, acerías y laminadores que excedan esto deben ser destruidos; todo el hierro adicional que sea necesario (según los Aliados) para Alemania le será proporcionado por Francia (o por el Imperio) en forma de acero laminado; Alemania está obligada a adquirir, anualmente, una cantidad mínima fija de este acero (que solo se entregará tras prueba de que la entrega anterior ha sido utilizada) dando, a cambio, una cantidad fija de carbón coquizable (que será coquizado en Francia o en el Imperio, prohibiéndose allí todas las importaciones de coque; la tasa de cambio acero-carbón se calculará, además, de modo que cubra, en el plazo de diez años por ejemplo, el coste de las reparaciones asignadas a Francia).

Esta medida muestra la enorme ventaja de proporcionar a Francia, y por tanto al Imperio, los medios para exigir que Alemania respete indefinidamente los acuerdos concluidos. De hecho, se necesitan dieciocho meses para construir un alto horno o una acería y Alemania tendría que construir estas instalaciones antes de poder romper sus compromisos a largo plazo. En la medida en que Alemania se limite a usar su capacidad permitida de industria pesada, no habrá así necesidad de poner en duda su honestidad. Desde el momento en que Alemania comience la construcción de nuevos altos hornos, acerías y laminadores (lo cual es fácil de observar), Francia convertirá el acero destinado a la exportación en material de guerra (que no tendrá necesidad de almacenar por adelantado). Al cabo de dieciocho meses, cuando Alemania apenas esté comenzando a producir el acero necesario para armamentos pesados (indispensable incluso en el caso hipotético del uso de bombas “atómicas”), Francia ya dispondrá de un equipamiento militar adecuado para poder aplastar al infractor. Es decir, que Alemania respetará indefinidamente la convención hierro-carbón concluida en beneficio de Francia y del Imperio latino.

Ciertamente no será fácil hacer aprobar la medida propuesta y debe esperarse una firme oposición inglesa. Pero Estados Unidos quizá sea menos hostil al respecto y podría obtenerse el apoyo activo de la URSS. Además, podría apelarse a la opinión mundial, e incluso a ciertas corrientes de la opinión británica, explotando los temas de la seguridad, de la lucha contra el fascismo y de la oposición a la influencia de los cárteles, ya que el proyecto conduce prácticamente a la desconcentración de la industria pesada continental y a su división entre Francia y el Ruhr. Podría sacarse mucho partido del hecho de que la redistribución propuesta es económicamente racional, pues es más rentable transportar el carbón del Ruhr a Lorena que enviar el mineral de Lorena a Alemania. (Por lo demás, incluso desde el punto de vista del alemán medio, el intercambio artificial temporal sugerido sería más aceptable que la demanda de reparaciones en especie o en efectivo.)

Si la solución acero-carbón es aceptada sin agotar la capacidad francesa de presentar reclamaciones, también sería necesario exigir la anexión del Sarre, a condición de que Francia pueda expulsar a la población alemana. Esta anexión mejorará aún más las reservas de carbón de Francia y del Imperio latino.

Por último, pero solo en tercer lugar, se podría prohibir a Alemania, por razones de seguridad, la fabricación de ácido sulfúrico a gran escala, comprometiéndose Francia a suministrar los superfosfatos necesarios para la agricultura alemana, siempre a cambio de carbón (mediante un intercambio temporal y artificialmente ventajoso.)

En general, Alemania tendría que servir como la mina de carbón del Imperio latino. Así, nada impide el desarrollo de intercambios comerciales entre el Imperio y Alemania, a condición de que estos intercambios cubran las necesidades imperiales en carbón crudo. La superioridad militar tendrá como único y exclusivo objetivo garantizar la estabilidad cualitativa y cuantitativa del componente “carbón” de este intercambio, por lo demás comercialmente normal. Es sin duda evidente que incluso si Francia cede una parte del carbón alemán a Italia y a España, el hecho de estar al frente de un Imperio de 120 millones de habitantes le permitirá garantizar su propia parte mucho más eficazmente que si permaneciera aislada.

Ciertamente, las convenciones internacionales del tipo que habría que imponer a Alemania nunca son “eternas”, incluso si están garantizadas por un poder militar adecuado. Pero sería vano, en política, intentar contar con un futuro demasiado lejano. Si se quisiera hacerlo, puede imaginarse fácilmente la posibilidad de explotar la energía de las mareas, lo que transformaría radicalmente la situación energética de Francia y del Imperio latino.

Si maniobra bien políticamente, el Imperio latino dispondrá de posibilidades económicas que deben considerarse suficientes.

Pero estas posibilidades solo tienen valor práctico si se realizan. Ahora bien, esta realización depende de un esfuerzo de voluntad y de trabajo aportado por el Imperio, y sobre todo por Francia, destinada a servir de arsenal imperial al concentrar en sí misma la industria pesada latina (lo que le asegurará el control político del conjunto del Imperio).

Pero en Francia se ha observado desde hace algún tiempo una falta de voluntad económica no menos evidente que la falta de voluntad específicamente política: la falta de voluntad de autonomía económica, que en otras partes impulsa a los fabricantes a crear vastos monopolios “verticales”; la falta de voluntad económica de expansión, que en otros países anima a los financieros a formar grandes concentraciones “horizontales” e impulsa a las empresas a la conquista de los mercados mundiales; y, por último, la falta de voluntad económica de poder, que a veces conduce a

producciones e inversiones difíciles de justificar desde el punto de vista de la mera ganancia material.

Pero no hay razón para creer que estos conocidos defectos del “sector privado” sean permanentes e irremediables.

Aquí también es la élite activista de la nación la que podría y debería intervenir. La nueva idea política, abriendo perspectivas futuras que ninguna idea “nacional” podría suscitar, supondría una renovada voluntad económica de autonomía, de expansión y de poder entre “jóvenes directivos” y sobre todo entre administradores y técnicos a la busca de “éxito”, lo que permitiría a Francia proporcionar la inversión necesaria para la creación de una economía imperial suficientemente grande y sólida. En cualquier caso, si tal renovación no se produjera, la restauración “nacional” de Francia sería tan imposible como utópica sería la creación de un Imperio latino.

A veces se propone remediar la deficiencia del “sector privado” francés con amplias medidas de “nacionalización”. Pero no parece que esta sea una proposición favorable. Pues si no nace una voluntad económica efectiva y audaz dentro de la clase dirigente actual, es improbable que aparezca en las clases de la pequeña y mediana burguesía que proporcionan ejecutivos a la administración francesa. A menos que se permita que una clase social verdaderamente nueva alcance el poder, es decir, a menos que se provoque una verdadera revolución (imposible, por lo demás, aunque solo sea por la situación geográfica de Francia), hay que apelar a la élite de la clase dirigente burguesa y es de esta clase de donde debe esperarse el esfuerzo necesario para una renovación económica y para la expansión imperial de la nación francesa.

En cualquier caso, una economía estatista solo tiene posibilidades de éxito si es suficientemente extensa. Las medidas planificadas de nacionalización dejarán de ser utópicas, fragmentadas y por tanto inoperantes, o incluso puramente ficticias, solo si pueden aplicarse al conjunto de una economía de tipo imperial. Sería inútil desear la nacionalización sin querer el Imperio.

Pero sería mejor, al menos al principio, construir y desarrollar la economía imperial con el pleno acuerdo de las clases que actualmente dirigen las economías “nacionales” de los tres países latinos en cuestión. De este modo, los gobiernos nacionales y el Estado imperial no “dirigirían” tanto la economía como la “estimularían”. En la práctica, bastaría con imponer a la industria ciertos impuestos sobre materias primas, energía y mano de obra mientras se le da toda la libertad para utilizarlos de la manera que considere mejor. Asimismo, una prohibición de inversiones en el extranjero probablemente bastaría para asegurar la inversión racional del capital dentro del Imperio.

En general, la voluntad política del Estado debe sustituir a la voluntad estrictamente económica solo donde —y en la medida en que— esta voluntad económica revele ciertos signos de debilidad.

Sin duda, el Imperio tendrá que controlar su comercio exterior para evitar que su esfuerzo productivo sea anulado por un consumo que supere sus medios económicos reales. Pero aquí también bastará con trazar las grandes líneas, dejando la ejecución en manos de especialistas privados. Parece que este dirigismo adecuadamente “liberal” puede llevarse a cabo por el único medio que confiere al Estado el control del uso de las finanzas. En la práctica, las acciones políticas del Imperio tendrían que apoyarse en las maniobras financieras de un “bloque del franco” latino, en oposición a los bloques del dólar, de la libra esterlina y del rublo.

4. El esfuerzo político y económico llevado a cabo por Francia en vista de la creación de un Imperio latino no puede, ni debe, producirse sin el apoyo de la Iglesia católica,

que representa un poder inmenso, aunque difícil de calcular y aún más difícil de captar.

No cabe duda de que el catolicismo ha forjado y expresado las energías primarias que sirven aún de fuente espiritual profunda para el conjunto de la vida francesa y, en general, latina. Es, por tanto, natural y normal que el gobierno busque coordinar su acción imperial de catolicismo secular y secularizado con la expresión que este mismo catolicismo encuentra en la Iglesia y a través del Vaticano.

Pero el éxito de la iniciativa imperial presupone no solo una reforma política radical de los gobiernos latinos, sino también una profunda transformación de la Iglesia católica, especialmente en sus ramas italiana y española. Sería necesario, sobre todo, “desitalianizar” el Vaticano, sin abrirlo, no obstante, a influencias americanas demasiado exclusivas. Esto significa que Francia, y más tarde el imperio, deben proveer a las necesidades materiales de las organizaciones centrales e internacionales de la Iglesia. Pero también que el Vaticano debe superar su desconfianza, dogmática y de otro tipo, hacia la Iglesia francesa y comprender que la unión latina a la que ha aspirado desde hace tiempo solo puede llegar a realizarse por una iniciativa proveniente de y formulada por Francia. Ahora bien, podría esperarse que la Iglesia extraiga del propio “catolicismo”, así como de la idea latina, las fuerzas necesarias para liberar al catolicismo de las divisiones y limitaciones introducidas por el elemento “nacional” extracristiano y por las formas económicas y sociales que este elemento trae consigo.

De hecho, precisamente por razón de su “catolicismo”, la Iglesia siempre ha trascendido los diferentes marcos impuestos a y por la nación, sea cual sea. Pero también ha sufrido el contragolpe de la lucha “antinacional”. Es así como la antigua dialéctica de la Iglesia (católica) y del Estado-nación condujo a la doctrina y a la práctica de la “separación” de la época liberal. Pero con el período liberal —por no decir nacional o nacionalista— ahora concluido, todo el problema consiste en volver a ver las cosas desde el punto de vista imperial. En cierta medida, se produce así un retorno a la época de Gregorio VII, con la diferencia, sin embargo, de que la Iglesia tratará en adelante, en el plano político, no con un Imperio prenatal, sino postnacional. Y esto cambia completamente la situación, al tiempo que exige nuevamente una actitud y una decisión “totales”.

Si la humanidad realmente integrada —es decir, unificada política, social y económicamente— conserva aún una estructura eclesiástica, esta solo podrá ser proporcionada por una Iglesia universal, es decir, católica en el sentido estricto y más pleno del término. Pero el hecho es que la división real de la humanidad ha tenido como resultado la división del cristianismo universalizador en tres grandes iglesias autónomas y rivales.

La base cristiana, es decir universalista, de estas iglesias siempre les ha permitido ir más allá de los límites estrictamente nacionales que se les impusieron (y es ciertamente la Iglesia católica, por ser la más universalista de todas, la que mejor ha podido superar todas las tentaciones “galicanas”). Sin embargo, la misma separación de las tres iglesias cristianas vuelve por el momento utópica su veleidad de expansión universal, ya que, tal como son en la actualidad, ninguna de ellas podría —por imposible— hacerse universal sin ser exclusiva (de las otras). Parece, por tanto, que las iglesias separadas necesitan un contrapeso político en la existencia de formaciones intermedias entre la humanidad y las naciones, es decir, formaciones imperiales. En efecto, la Iglesia protestante se vinculó desde el principio con un mundo anglosajón, que actualmente está en proceso de absorber el mundo germánico. La Iglesia ortodoxa, que parecería haber perdido el Imperio ruso, ha encontrado de hecho un imperio eslavo-soviético en vías de formación.

Respecto a la Iglesia católica, quizá dentro de poco no pueda resistirse a un Imperio latino.

Considerando la situación desde el punto de vista histórico, parece ciertamente que es en este Imperio latino donde la Iglesia católica debería ahora buscar la base real sin la que ninguna Iglesia puede existir. Siendo una Iglesia eminentemente cristiana, pero siendo, no obstante, en este momento solo una de las tres Iglesias cristianas realmente existentes, la Iglesia católica parece no poder ignorar el apoyo —ciertamente “realista”, pero quizá también “realizador”— que podría aportarle una formación imperial que vaya más allá del marco rígido y estrecho de las naciones, sin perderse en el futuro distante aún vago de una humanidad unificada y que por razones históricas evidentes solo puede ser una formación latina. Por primera vez, quizá, una política católica estaría así a la orden del día. Una iniciativa política latina inspirada en el cristianismo podría quizá participar de una voluntad cristiana realizándose en y a través de un catolicismo con sabor latino. Parece, además, que el Vaticano está tomando conciencia (aunque solo sea a propósito del problema polaco)¹⁵ de que la era de simples “acuerdos” entre la Iglesia y los Estados separados ha terminado y que la situación exige una colaboración de los dos poderes, que es lo único que puede evitar permanentemente el peligro de conflicto entre ellos. A la inversa, en el lado secular, en los países latinos y, notablemente, en Francia, se observa una crisis general de conciencia o de ideología, que hace que cierta opinión pública busque la aparición de ideas políticas, sociales y económicas concretas, presentadas o defendidas por la Iglesia. Aunque no pueda decirse que todos los “hombres de buena voluntad” en Francia acepten sin reservas la idea de colaboración con la Iglesia, es innegable que la Iglesia ha logrado reunir allí, bajo su patrocinio, recursos humanos políticos de muy alto calibre.

Desde luego, no puede tratarse de intentar rebajar a la Iglesia católica al nivel ortodoxo o incluso protestante, el de una Iglesia “imperial”, por no decir latina. Su vocación es permanecer como la Iglesia potencialmente universal y debe seguir viendo en su universalidad el objetivo supremo de todos sus actos. Pero es posible que la realización de este mismo ideal exija una colaboración prolongada con una realidad política imperial y latina. Si la Iglesia tuvo sin duda razón al combatir el ciertamente prematuro Sacro Imperio (germánico), sería quizá erróneo que continuara ligándose al mundo de las naciones históricamente superadas, desinteresándose de los movimientos imperiales que están a la orden del día. Además, al interesarse en estos movimientos, al aceptar el patronazgo espiritual del Imperio latino, la Iglesia católica desempeñaría en él un papel político concreto y específico. Tendría que recordar constantemente al Imperio que no es más que una etapa de la evolución histórica, destinada a ser superada un día. En otras palabras, tendría que vigilar que el Imperio no se coagule en sus fronteras imperiales del mismo modo que las naciones se coagularon en las suyas, dejando a la guerra la tarea de hacerlas estallar. En resumen, el catolicismo de la idea latina le permitiría ser imperial sin llegar nunca a ser “imperialista”, con todo lo que ello implica.¹⁶

¹⁵ Con “el problema polaco”, Kojève se refiere a la situación creada tras la Segunda Guerra Mundial por el establecimiento de un Estado comunista en Polonia, mayoritariamente católica. La inoperancia de los concordatos —en particular el de 1925, dejado sin efecto en 1948— ponía de manifiesto, a su juicio, la necesidad de un nuevo marco supranacional de relación entre poder espiritual y poder temporal. (N. del E.)

¹⁶ Existe una clara línea de continuidad entre lo que Kojève propugna en el *Esbozo de una fenomenología del derecho* y la presentación que hace aquí del universalismo cristiano de la Iglesia católica como factor dinamizador orientado a la superación definitiva tanto del Estado-nación como de los «imperios” en tanto fase intermedia entre dicho Estado y la humanidad. (N. del E.)

Por su parte, el Imperio latino podría quizá contribuir a la realización del objetivo supremo del catolicismo, que es su transformación en una Iglesia universal y única. Así, por ejemplo, la cooperación política del Imperio con la URSS podría llevar a un entendimiento cada vez más profundo entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa greco-eslava, un entendimiento que un día haría inútil la independencia canónica de esta última.

Sea como sea, es sin duda evidente que la verdadera unión de las Iglesias presupone una unificación real del género humano y que esta unificación no puede llegar a producirse sin que la evolución histórica que conduce a ella pase por un período de concentraciones de tipo imperial y “confesional”. Solo atravesando esta etapa y superándola podrá la humanidad alcanzar el estado final de unidad que permitirá la eliminación permanente de los conflictos políticos, económicos y sociales.

Será solo entonces cuando podrá responderse a la cuestión de si el futuro indefinido pertenece a la religión humanista anunciada y preconizada por algunos o a esa catolicidad cristiana que constituye el fin último y la única razón de ser del cristianismo católico y que ha engendrado —entre otras cosas— el mundo espiritual latino.

Edición y traducción de Luis J. Pedrazuela